



Yolanda Reyes

MANUEL

ANCÍZAR

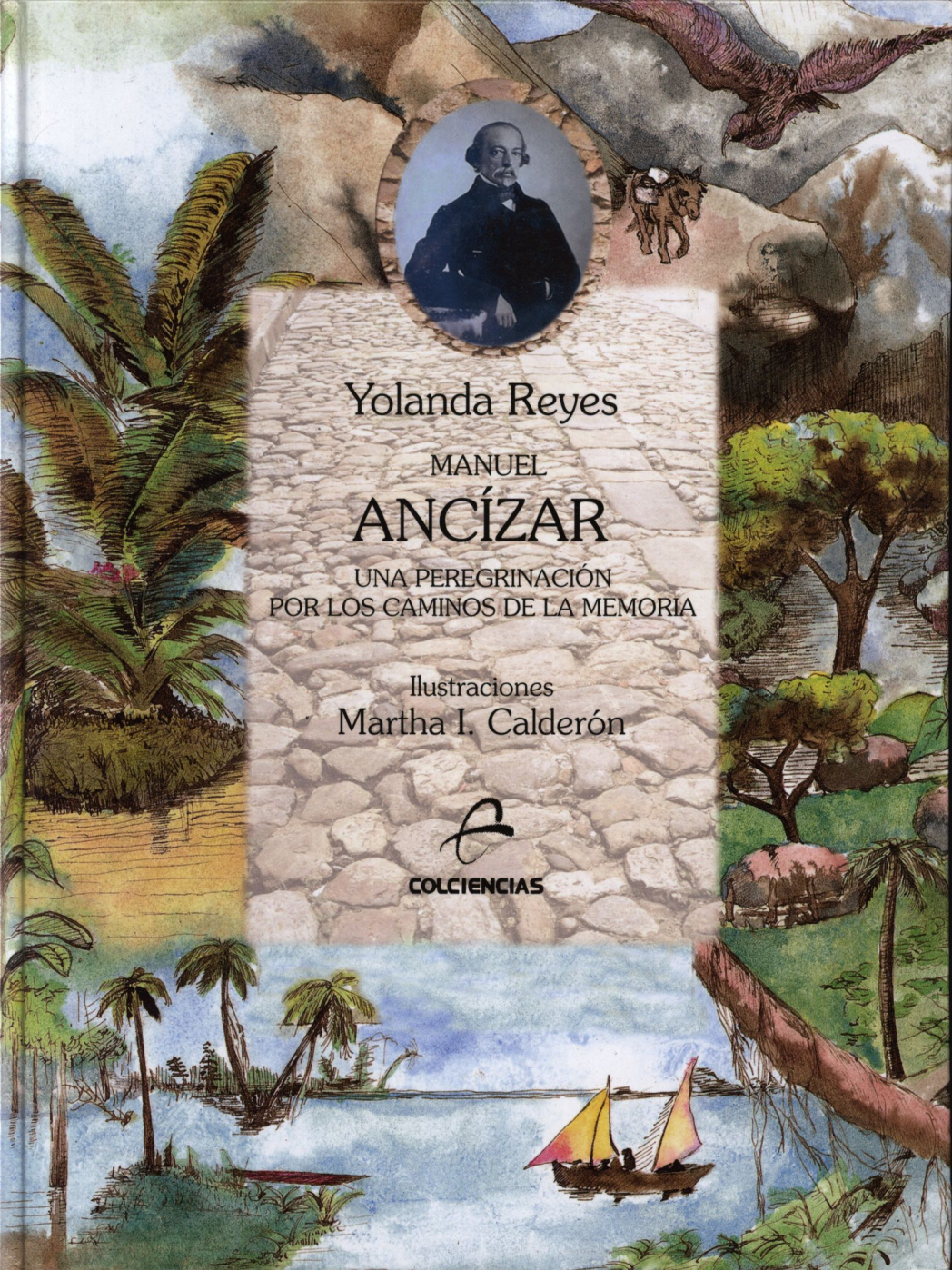
UNA PEREGRINACIÓN  
POR LOS CAMINOS DE LA MEMORIA

Ilustraciones

Martha I. Calderón



COLCIENCIAS





Yolanda Reyes

MANUEL

# ANCÍZAR

UNA PEREGRINACIÓN  
POR LOS CAMINOS DE LA MEMORIA

Ilustraciones

Martha I. Calderón



**COLCIENCIAS**



**COLCIENCIAS**

Director: Fernando Chaparro Osorio  
Subdirector de Programas Estratégicos: Hernán Jaramillo Salazar  
Asesor de la Subdirección de Programas Estratégicos: Jesús María Álvarez  
Coordinación editorial: Julia Patricia Aguirre

Dirección editorial  
y diseño general:

Carlos Nicolás Hernández  
Tres Culturas Editores Ltda.  
Carrera 35 No.14-67 Tel.: 2 37 70 56  
Fax 2 74 52 04

Ilustraciones y fotomontajes: Martha I. Calderón

Autoedición: Anacelia Blanco Suárez

Preprensa electrónica: Fitolito Colombia Ltda.

Primera edición: julio de 1998

ISBN: 958-9037-65-8

© Yolanda Reyes

© Derechos reservados: Colciencias

Fax: 6251788  
E-mail: [info@colciencias.gov.co](mailto:info@colciencias.gov.co)  
Transv. 9A No. 133-28  
Santafé de Bogotá, D. C.  
Colombia - Suramérica

Impresión: Panamericana Formas e Impresos S. A.

Hecho en Colombia

Printed in Colombia - South America

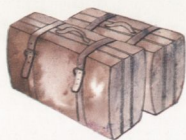
## CONTENIDO



Pág. 7  
Primer viaje:  
La infancia



Pág. 23  
Segundo viaje:  
Crecer



Pág. 35  
Tercer viaje:  
En busca de las raíces

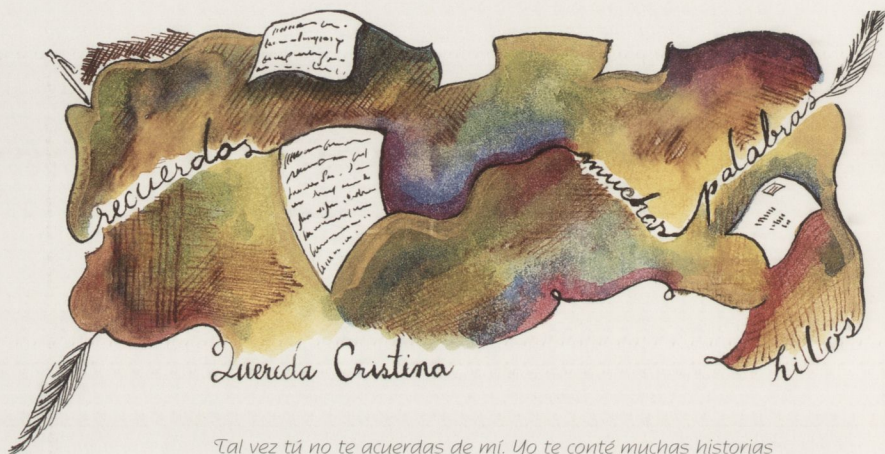


Pág. 51  
Cuarto viaje:  
La peregrinación de Alpha



Pág. 69  
Epílogo:  
El viaje final

A Cristina Bayona Ancizar y a todos  
los niños de Colombia que leerán este libro



Tal vez tú no te acuerdas de mí. Yo te conté muchas historias cuando tenías dos años. Nos sentábamos en círculo, tú, yo y otros niños, nos mirábamos a los ojos y las palabras inventaban un barco y muchos mundos adonde viajar. Después creciste, te fuiste al colegio grande y no nos volvimos a ver. Yo seguí en mi oficio de contar cuentos. Otros niños tomaron tu lugar y el de tus amigos de entonces. Podríamos haber perdido el rastro para siempre, podríamos no haber vuelto a encontrarnos nunca, de no haber sido por Manuel Ancizar, un antepasado tuyo, que es el protagonista de estas páginas.

Ahora, que eres mayor, voy a contarte su historia. La diferencia con aquellas que antes te conté es que ésta sí sucedió de pura verdad. Te estoy hablando de hace muchos pero muchísimos años, más de cien, cuando tus padres no habían nacido ni tampoco tus abuelos. Ni siquiera tus bisabuelos ni tus tatarabuelos existían. Para que tú y todos ellos pudieran nacer, tuvo que existir primero Manuel Ancizar Basterra, un hombre extraordinario que fue geógrafo y viajero, abogado, maestro, político y periodista y que nos dejó muchos libros en los que quedaron escritas unas páginas de la historia de nuestro país.

En ese entonces, Colombia se llamaba la Nueva Granada y era un país muy joven, que no sabía bien dónde comenzaban sus territo-

rios ni hasta dónde llegaban sus fronteras. Como todavía no se habían inventado los aviones ni los carros ni las autopistas ni los teléfonos, la tarea de conocer un país era muy difícil y tomaba años enteros de viaje trasladarse de un lado para el otro. Las agotadoras expediciones que hizo Manuel Ancizar, acompañando a un gran viajero llamado Agustín Codazzi, sirvieron para trazar el mapa de nuestro país, para conocer sus tierras, sus habitantes y sus costumbres y para dejar un testimonio de los lugares remotos y mágicos que hacen parte de nuestra geografía. Fueron jornadas largas e intensas, a pie y a lomo de mula, fueron muchas horas las que pasó Manuel Ancizar escribiendo, con una pluma de ganso y a la luz de una vela, para podernos dejar esa parte de la memoria y del conocimiento de esa tierra que él recorrió y por la que hoy nosotros seguimos caminando.

Seguramente te has fijado en un viejo retrato de ese señor, que se conserva en la casa de tus bisabuelos. La próxima vez que lo mires, examínalo con atención. Quizás descubras en él algunos rasgos conocidos. Quizás en tu tono de voz, en uno de tus gestos, o en la forma como miras el mundo, se conserven huellas de él. ¿Alguna vez te has detenido a mirar las líneas que hay escritas en la palma de tu mano? ¿Alguna vez se te ha ocurrido pensar que una o más de esas líneas las heredaste de gente que vivió antes que tú, y que tuvo sueños y pesadillas como te pasa a ti? Es posible que esas mismas líneas las hereden tus hijos o tus nietos, y que alguna vez ellos se pregunten desde dónde vienen trazadas y hacia dónde van.

Yo sé que eres todavía muy niña y que no piensas en esas cosas. Yo tampoco las pensaba. Es más: hasta hace poco tiempo no creía que la historia de Colombia tuviera mucha relación con mi vida. Desde que tenía tu edad, en las clases del colegio, me enseñaron colecciones de fechas, nombres de personas, de batallas y de lugares descubiertos o conquistados. Yo me las aprendí de memoria, las olvidé pronto, y me acostumbré a creer que la historia era simplemente un ejercicio de aprenderse las cosas para olvidarlas de inmediato. Ahora, que soy grande y que tengo hijos, empiezo a descubrir que la historia es mucho más que una colección de nombres y de fechas. La historia es la memoria y la memoria hace parte de lo que somos y también de lo que serán los otros, después de nosotros. Es como un tejido de palabras, de sueños, de actos y de significados que vamos armando los hombres y las mujeres mientras vivimos. Cada persona va tomando un hilo y amarrándolo con otros, hasta formar un pedazo de esa gran tela. Todos nacemos atados a ese hilo de la memoria y seguimos tejiendo una que otra puntada, con nuestras pequeñas historias de cada día.

Este libro que hoy tienes en tus manos también tiene amarradas muchas historias, pequeñas y grandes. Fue hecho con retazos de voces y con recuerdos de la gente que he ido descubriendo, encontrando, conociendo y queriendo, mientras recorría las rutas de Manuel Ancizar. Como sucede en los viajes, los mejores recuerdos que guardo, tienen que ver con esa gente que me encontré y con esos amigos que conocí durante el recorrido. Muchos de ellos ya no existen, pero nos dejaron sus cartas, sus diarios y algunos de sus objetos preferidos, para que podamos armar pedazos del rompecabezas que es cada vida. Otras personas son gente de tu familia, gente que se ha dedicado a recoger papeles aquí y allá, a organizarlos y a guardarlos como grandes tesoros, para que los que hasta ahora empiezan a vivir –como tú y como tantos otros niños colombianos– no se queden sin recuerdos, sin memoria, sin historia. Para que puedan saber quiénes habitaron y transformaron esta tierra, en qué ideas creyeron, qué sueños tuvieron y cuántos de esos sueños están aún por realizar.

Antes de empezar a escribir la primera página de este libro, tuve en mis manos papeles muy antiguos que pertenecieron a Manuel Ancizar y que viajaron en muchos barcos y por muchos mares de América y de Europa, en sus baúles de viajero y en el equipaje de sus hijos, de sus nietos y de sus bisnietos. Mientras leía los cuadernos que usaba en el colegio, mientras sentía el olor del viejo papel amarillo en el que escribió sus cartas, mientras miraba los dibujos, los garabatos y los apuntes que él recogió durante sus agotadoras jornadas y mientras contemplaba los paisajes que él también contempló, sentía una emoción muy extraña. Era la emoción de descubrir cómo nos parecemos todos, cómo estamos de cerca, cómo compartimos rasgos, sueños, dudas y preguntas, cómo todos vamos dejando huellas de nuestros pasos y cómo estamos amarrados unos a otros, con los hilos de la memoria.

Me gustaría, simplemente, que este libro te sirviera de brújula y de mapa para emprender tu propia aventura de conocerte mejor. Para saber de dónde vienes y hacia dónde quieres ir. Para intentar descifrar esos misterios de la vida y de los orígenes que te unen a otras personas en este territorio, antes y después de hoy

Yolanda Reyes

Bogotá, marzo de 1998.





## Primer viaje: la infancia

e llamo Manuel Estevan Ancizar Basterra, pero muchos me dicen Alpha, y no sé bien de dónde soy. Desde que tengo memoria he vivido de un lado para otro. Parece que mi destino fuera andar errante. Nada tengo, distinto de lo que llevo puesto. Nada he podido guardar, distinto de mis recuerdos.

Soy el único sobreviviente de Josef Francisco de Ancizar y Zabaleta, y de Juana Bernarda Basterra y Abaurrea, dos españoles, de tierras vascas, que fueron mis padres. Creo que en ellos ya estaba escrito, por partida doble, ese destino mío de viajero. Mi padre dejó su tierra para embarcarse con el virrey Amar y Borbón hacia el Nuevo Mundo y se estableció en la ciudad de Santafé de Bogotá. Ahí conoció a mi madre, que también había dejado su país, siendo muy niña. Me imagino que compartieron recuerdos y tradiciones en su lengua vasca y que eso los ayudó a sentirse menos solos. Mi madre nunca se olvidó de las viejas canciones de su país, mi madre nunca dejó de cantarnos y de contarnos historias, aun en los momentos más difíciles.

Nací en la Hacienda El Tintal en Fontibón, en la navidad de 1812. El Tintal era una de las haciendas más grandes de la sabana, de propiedad de mi padrino, José Antonio Sánchez. Él alojó a toda mi familia en su casa, pues las cosas en Santafé se habían puesto difíciles para los españoles después de que los criollos dieron el grito de independencia en 1810. Mamá decía que fue el aire limpio y frío de Fontibón el que templó mi físico y mi carácter, al punto de hacerme el más fuerte de sus hijos. No sé si eso lo supo después, con el correr de los años, cuando la tragedia le fue arrebatando, uno tras otro, a mis hermanos. No creo mucho en su explicación del aire frío, pero tampoco se me ocurre otra mejor. Por más de que le he dado muchas vueltas al asunto, no he logrado entender por qué fui yo y ninguno de los otros el que quedó para contar la historia.

Era el menor de la casa. Primero nació José Dionisio, seguido por María Francisca, la única mujer. Luego vino al mundo Pablo, mi compañero de juegos y, dos años más tarde, nació yo. A pesar de que esos primeros años fueron tranquilos y felices, recuerdo muchas veces a mi mamá y a mi tía, María Josefa Basterra, que vivía con nosotros, desbaratando y empacando la casa. Desde entonces, creo que todos aprendimos a no apegarnos demasiado a los objetos. Mamá dice que en cada mudanza se iban quedando nuestros tuestos más queridos: una muñeca de porcelana de María Francisca, un barco velero de mis hermanos, una caja de música que fue primero de Pablo y que luego me arrulló a mí...

De Fontibón nos fuimos a Santafé de Bogotá, pues mi padre era amigo del presidente Antonio Nariño, un criollo que le encomendó trabajos de artillería en la plaza de San Victorino. Mi hermano Pablo vivía muy orgulloso y les contaba a los niños vecinos que papá manejaba un cañón, para que nadie se atreviera a molestarnos... Cuando ya nos estábamos acomodando en Santafé de Bogotá, nombraron a mi padre corregidor en Zipaquirá y de nuevo hubo que amarrar la casa al lomo de las bestias para iniciar otro viaje de una jornada. Más tarde regresamos a vivir a Santafé y mamá dijo, cuando estaba colgando los cuadros del salón, que ésta sí iba a ser nuestra residencia definitiva y

que, si de allí salía algún día, sería para volver a España. ¡Qué equivocada estaba!

Corría el terrible año de 1819 y yo estaba a punto de cumplir siete años. Mi tía María Josefa decía que antes de los siete años los niños no tenían uso de razón y que eran criaturas más cercanas a los animales. Por supuesto, esa teoría le encantaba a Pablo que ya alcanzaba los nueve, y que aprovechaba cualquier oportunidad para mortificarme diciéndome que yo no tenía uso de razón. A mí ésa me parecía la peor de las ofensas y terminábamos peleando, hasta que mamá o María Francisca nos apaciguaban. Yo deseaba, con todas mis fuerzas, que llegara el día de mi cumpleaños para ver al uso de razón entrar por mi puerta y meterse, de alguna forma misteriosa, en mi alma. Pero las preocupaciones de los adultos eran bien diferentes a las mías. Y si el uso de razón me llegó alguna vez, no fue de la forma como lo había imaginado.

Nunca olvidaré esos días antes de la huida, a pesar de no tener todavía el dichoso uso de razón. Cómo olvidar a un amigo de mi padre, que llegaba siempre a la hora de la cena, como un ave de mal agüero, según palabras de mamá, y rompía la paz de la sobremesa con sus terribles informes. Un día temblaban los españoles en Santafé pues las noticias hablaban de un criollo de apellido Bolívar, que avanzaba por el Oriente con un ejército de llaneros zarrapastrosos y semidesnudos para derrocar al virrey Juan Sámano. Otro día temblaban los criollos porque el virrey Juan Sámano hacía circular rumores sobre el triunfo de los españoles. Al día siguiente, otra vez nos contaban de los avances de Bolívar, pero en mi casa todos se resistían a creer en las noticias, esperando un milagro que nos permitiera seguir la vida normal. El milagro nunca ocurrió y nuestro destino tomó otro rumbo en la madrugada del 8 de agosto de 1819, cuando nos despertaron los terribles golpes del aldabón. Mamá gritó que nos iban a tumbar la puerta y que iban a despertar a sus hijos y le rogó a papá que no abriera a semejantes horas de la noche. Él no le hizo caso y la tranquilizó diciéndole que fuera a acompañarnos al cuarto de los niños, que él se encargaría de atender a los intrusos. Mi padre debía presentir las noticias



Entrada a Bogotá por San Victorino  
Acuarela: Carmelo Fernández



que traían esos dos oficiales españoles que irrumpieron en nuestro hogar a semejantes horas.

Agazapados, despiertos y tiritando de frío en el cuarto de los niños, todos escuchamos esas terribles palabras que se quedaron guardadas en mi memoria desde entonces:

—Bolívar derrotó a nuestro ejército español en la Batalla del Puen-  
te de Boyacá —dijo uno de los oficiales.

—Los insurgentes avanzan hacia Santafé de Bogotá y dicen que la guerra con los españoles es a muerte. ¡Sálvese quien pueda! —comple-  
tó el otro.

Mi padre trató de preguntar algo más en voz baja, pero no hubo respuesta. Los dos oficiales salieron corriendo y siguieron su ronda por las casas vecinas, llevando la noticia a todas las familias españolas. La casa quedó en absoluto silencio y mamá no se movió de nuestro lado.

—Tengo miedo, mamá —se atrevió a decir Pablo.

—Aquí no ha pasado nada —le contestó la voz firme de mamá—. Quiero verlos a todos en su cama, bien arropados, de una vez por todas.

—Tengo miedo —volvió a decir Pablo—. Y mamá se sentó a los pies de su cama y nos arrulló con la misma canción vasca que nos cantaba desde que éramos bien pequeños. Aunque nosotros no entendíamos todas las palabras, había algo en la melodía, algo en esa jergonza que nos tranquilizaba siempre que estábamos enfermos o que teníamos pesadillas. Pero esa noche era diferente. Esa noche había algo distinto en las palabras de mamá. Algo parecido al miedo de Pablo y al miedo de todos.

Recuerdo que pasé muy mala noche, que tuve pesadillas y que me desperté sudando varias veces. Me parece, pero no sé si fue un sueño, que escuché discutir a mis padres. Creo que mamá sollozaba y que mi

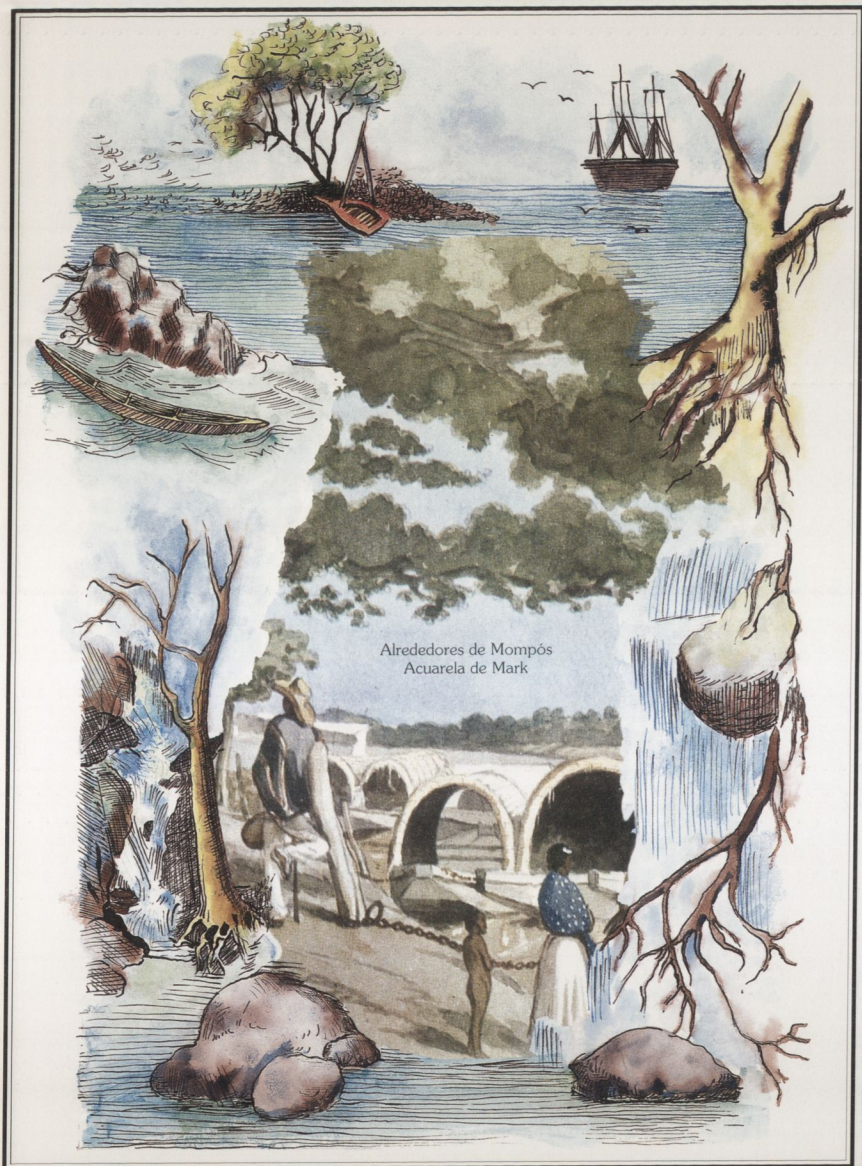
padre le decía que se calmara, que debía ser fuerte porque venían épocas de terror para los españoles. De lo que sucedió al día siguiente, no tengo mucha memoria. Sólo veo figuras borrosas entrando en nuestra casa y revivo fragmentos de discusiones entre mis padres y la tía y también entre los mejores amigos de la familia. Decían que el virrey Sámano había emprendido la fuga en la misma madrugada del 8 de agosto, cuando se enteró de la noticia, pues se sabía que los criollos clamaban por su cabeza.

La tía María Josefa nos contó que había visto pasar el cortejo del virrey frente a su ventana, en una carroza fantasma, y que los cascos de los caballos estaban amarrados con trapos de algodón para amortiguar el ruido de sus pisadas. Mamá dijo que esas historias eran producto de su imaginación y que la situación era grave, pero no desesperada, que había que tener fe en Dios y en la clemencia de los criollos, pues muchos de ellos eran amigos de la familia. Mi padre le contestó que en la guerra no había amigos, sino bandos enemigos. Mamá no le creyó y siguió empeñada en hacer las tareas de la casa, como de costumbre. "Aquí no va a pasar nada y ya basta de habladurías, que van a desvelar a los niños con tantos rumores sin fundamento", dijo. En la noche del 8 de agosto nos mandó a la cama más temprano y eso que ninguno tenía sueño. Fue la última vez que dormimos arropados bajo las cobijas.

Amaneció el día 9 y la situación se fue poniendo cada vez más tensa. Los adultos caminaban de un lado a otro por los pasillos de la casa, con caras largas. Papá, mamá y la tía hablaban en su lengua vasca, para que los niños no entendiéramos, y cada vez que alguno de nosotros se atrevía a abrir la boca, nos mandaban a nuestros aposentos. Mamá ordenó preparar un almuerzo copioso, que parecía de Navidad, y nos obligó a comer casi hasta el empacho. Pablo protestó porque ya no quería comer más y mi padre, de un grito, le dijo que aprovechara esa comida, porque sólo Dios sabía cuándo volveríamos a comer otra igual. Pero lo cierto es que los adultos tampoco parecían tener hambre. Ya en las horas de la tarde, la suerte estaba echada. A las cinco se decidió nuestra huida, pues esperar más era, según mi







Alrededores de Mompós  
Acuarela de Mark

padre, ir derecho al cadalso. Los criollos estaban indignados con la fuga del virrey y tenían sed de sangre española. Mamá nos preparó con la ropa más abrigada y trató de empacar algunas provisiones, unos implementos mínimos para el viaje y los adornos más queridos que había heredado de sus padres. Hasta alcanzó a descolgar el lienzo de la Mater Dolorosa, que estaba colgado en el salón. Cuando mi padre vio sus dos bultos de equipaje le dijo que estaba loca, que ésta no era otra de nuestras mudanzas, sino un viaje hacia el destierro.

—Es una fuga, mujer, entiéndelo de una vez. No llevamos carrozas ni mulas ni esclavos que nos ayuden. Sólo tenemos dos caballejos escuálidos para cargar a nuestros hijos, pero me temo que habremos de usar también nuestros hombros y nuestros brazos, si aspiramos a salvarnos.

Mamá, con lágrimas en los ojos, dejó abandonados los dos bultos pero enrolló el lienzo de la Mater Dolorosa y lo escondió entre sus ropas, para que la virgen nos protegiera en el camino. En la angustia de esos últimos momentos, cuando ya había llegado la hora de la penumbra y no se podía prender ni una vela para no atraer sospechas, mamá se devolvió a sus aposentos para salvar la bolsa de ahorros, con las monedas de oro. Dice que tanteó en la oscuridad de su cómoda y que le pareció sentir el tintineo de las morrocotas de oro entre la bolsa de terciopelo. Por eso no tuvo la precaución de mirar, sino sólo de amarrarla a sus enaguas. ¡No había tiempo qué perder!...

Protegidos por las sombras de la noche, dejamos nuestra casa para siempre y salimos de Santafé hacia Honda, que estaba a treinta y cinco leguas, por la Ruta Colonial.

—Tengo miedo —dijo Pablo, durante esa primera y larga noche de fuga, en la que tuvimos que escondernos muchas veces detrás de la maleza.

Si escuchábamos a lo lejos pisadas de caballos o si adivinábamos los pasos de algún caminante, nos desviábamos del camino y echábamos a correr por los atajos. Éramos una triste comitiva, temblando de

frío y de miedo en la noche helada, camino de quién sabe dónde. Después de unas horas, empezamos a sentir hambre. Yo iba montado en el arzón del caballo de mi padre y lloraba de cansancio. Mi pobre madre me consolaba diciendo que pronto íbamos a encontrar una posada amiga y que allí cambiaría sus monedas de oro por alimentos. Nadie sabrá ni podrá contar nunca la ternura y el valor con que nos animó, cubriéndonos con sus propias ropas para abrigarnos, y cantándonos sus viejas canciones para espantar al miedo. Es tan duro recordar, es tan terrible lo que sucedió después, que aún hoy se me empaña la mirada y se me hace un nudo en la garganta.

Luego de quince o más horas de camino, no puedo saber cuántas, encontramos una vieja fonda en donde había algunas frutas y una torta de maíz con buen aspecto. María Francisca, Pablo y yo tratamos de colgarnos de un racimo de plátanos como tres pordioseros hambrientos y mamá nos detuvo, con sus maneras de dama española.

—Tenéis que esperar a que paguemos por lo que vamos a comer —nos dijo, para tranquilizar al posadero y sacó muy orgullosa su bolsa de terciopelo que, con tanto cuidado, había resguardado entre sus enaguas. Jamás olvidaré su cara de dolor y de sorpresa cuando descubrió que, por equivocación, se había traído la bolsa de cubiertos de plata, en lugar de la bolsa de monedas de oro. Se llevó las manos a la cara y empezó a llorar, con un desconsuelo que nunca, hasta entonces, habíamos visto en ella.

—Por mi culpa, mis hijos morirán de hambre —se decía y no paraba de llorar. Mi tía María Josefa trataba de tranquilizarla y mi padre y José Dionisio la miraban con los ojos espantados, sin poder decir una sola palabra de consuelo. Mi madre se arrodilló ante el posadero y le ofreció su bolsa de cubiertos, a cambio de un racimo de plátanos para nosotros.

—Lo que menos necesitamos aquí es cubiertos de plata, señora —le contestó el hombre—. Con suerte tenemos estos pocos alimentos para comer con las manos, antes de que la situación comience a empeorar.

Cuadro de La Dolorosa, por El Divino



Debió ser tan suplicante la cara de mi madre que al fin el posadero se apiadó de ella y nos bajó un racimo de plátanos. También nos regaló un pedazo de panela y nos dejó llenar nuestras cantimploras con agua del aljibe. Después de darle una y mil veces las gracias, seguimos nuestro penoso camino hacia Honda, bajando por montañas escarpadas, para no ser descubiertos por las cuadrillas de patriotas que buscaban españoles para ajusticiar a cualquier precio. Pasamos varios días a punta de panela y agua y el descenso hacia la tierra caliente se hizo cada vez más agotador, a causa del sol ardiente, de los repentinos aguaceros y de toda clase de alimañas que iban saliendo de los matorrales.

Primero fue la tía María Josefa la que enfermó de fiebres intermitentes y tuvimos que amarrarla a uno de los caballos, pues eran tan grandes su temblor y su debilidad, que no podía dar paso. Con la tía delirando tratamos de seguir la marcha. Mi hermano José Dionisio nos llevaba a Pablo y a mí de la mano. Mi padre empujaba el caballo de la tía y María Francisca y mi madre compartían el otro caballo. De pronto, Pablo empezó a sentirse agotado y, cuando mi madre le tocó la frente, se dio cuenta de que volaba de fiebre. Mamá le suplicó a mi padre que nos detuviéramos en algún recodo del camino, pero él insistía en seguir el descenso, por ver si encontrábamos un caserío donde pudieran socorrernos.

—Tengo miedo —decía Pablo, con el hilo de voz que le quedaba.

Hoy, después de tantos años, cierro los ojos y su misma imagen vuelve a mi memoria, tan nítida como entonces. Pablo, acostado en una cama de hojas que mi madre le ha improvisado, cuando ya resulta imposible seguir el camino. Pablo temblando de pies a cabeza, con su cuerpo que salta y se agita, con sus dientes que castañetean de escalofrío y con la quijada que no puede quedarse quieta. Mi madre reza o canta a su lado, en su jerigonza vasca. Con una mano le acaricia la frente, mientras la otra mano está entrelazada con la de Pablo. Mi padre trae agua de un arroyo y trata de darle de beber, pero Pablo ya ni siquiera recibe agua.

—El niño se nos muere —oigo decir a mi padre, con la voz entrecortada.

Mi madre lo mira con una mirada severa, exigiéndole prudencia.

—No digas esas cosas delante del niño. Mira que lo asustas y él ahora necesita tranquilidad.

Y empieza a contarle a Pablo su historia preferida. La misma que le contó en las noches de frío, en las noches de miedo o en las noches abrigadas, al calor de la lumbre. Parece que Pablo reconoce las palabras, reconoce al lobo y al pastor, porque abre los ojos y se queda mirando a mi madre. Examina sus gestos y su rostro, escucha sus palabras y su cuerpo deja de temblar. Todos estamos ahí, a su alrededor, escuchando cómo el pastor grita “El lobo, el lobo, ahí viene el lobo”. Son palabras absurdas, que nada tienen qué ver con el momento, pero todos nos pegamos a esas palabras, las oímos con una atención exagerada, tal vez para no llorar. De repente, con el final de la historia, Pablo cierra los ojos y se va quedando sin aliento. Mi madre lo ve morir pero termina de contarle su historia por última vez. Sólo cuando se da cuenta de que ha muerto tranquilo, se deshace en lágrimas.

Al otro día, mi madre acompañó a morir a la tía María Josefa, con otra historia muy antigua de sus tiempos de infancia en ultramar. José Dionisio y mi padre, casi sin fuerzas, abrieron dos huecos en la tierra y ahí enterramos el cuerpo de mi hermano y el cuerpo de mi tía. Mi hermana María Francisca hizo dos cruces con chamizos del camino y todos nos arrodillamos a rezar, para despedirlos. Fue la despedida más dolorosa de todas las que me han tocado, de todas las que recuerdo. Hubiera querido quedarme ahí para siempre, acompañando a mi hermano. Mi padre tuvo que amarrarme, casi a la fuerza, al lomo del caballo para continuar nuestro camino.

Los días que siguieron son para mí una colección de imágenes borrosas, sin orden ni secuencia. Sé, por lo que me contó luego mi padre, que el señor Wenceslao García nos encontró llegando a Honda

y que fue tanta la tristeza que le causó ver nuestro aspecto y nuestro ánimo, que nos escondió en su casa. Allí estuvimos un par de noches, hasta que llegó el patrón del señor Wenceslao, un patriota llamado Sinforoso García, que era amigo de mi padre y tenía un negocio de importación de telas. Por eso tenía unos champanes que navegaban por el río Magdalena, llevando las mercancías. Los españoles le habían robado muchas de sus embarcaciones para huir hacia Mompós. En la única que logró esconder, don Sinforoso nos llevó río abajo, pues se sabía que los criollos nos habrían hecho picadillo, de habernos encontrado. Don Sinforoso viajó en el champán hasta el puerto de Nare. Allí se despidió de nosotros, entregándonos su champán y dando órdenes a los bogas de situarnos en Mompós, que era un baluarte de las fuerzas españolas.

Ante la imposibilidad de pagarle ese inmenso favor, mis padres le regalaron a don Sinforoso el cuadro de la Mater Dolorosa, que mi madre había llevado enrollado entre sus ropas. Además del valor sentimental que tenía para mi familia, el lienzo tenía un gran valor artístico, pues se creía que había sido hecho por Luis Morales, *El Divino*, un pintor muy famoso de nuestros tiempos. Pero la actitud de don Sinforoso había sido tan generosa con nosotros, que merecía ese cuadro y toda nuestra gratitud por siempre jamás.

Pudimos llegar hasta Mompós y ahí estuvimos algún tiempo, pero tuvimos la desgracia de enterrar a José Dionisio que ya venía debilitado por las penalidades del viaje. Con la tristeza cada vez más pegada a nuestros rostros, seguimos, bien custodiados, hasta Cartagena de Indias con otros emigrados españoles. Aunque no puedo decir que allá fueron fáciles las cosas, sí recuerdo algunos breves momentos de respiro, antes de que los patriotas cercaran la ciudad amurallada, por tierra y por mar. Mi padre fue nombrado Proveedor General del Ejército y era el encargado de administrar los víveres, a cambio de 25 pesos mensuales y de dos raciones diarias para él y otras dos para nuestra familia.

Después vinieron las penalidades de la guerra y el sitio de Cartagena fue largo y riguroso. Luego de heroicos esfuerzos, los españoles se

rindieron en octubre de 1821. En la plaza sitiada murió María Francisca, la única hermana que me quedaba. A mediados de julio de 1821 nos embarcamos hacia Cuba. Mi padre, mi madre y yo, desde la cubierta del barco que nos llevaba, contemplamos las murallas de Cartagena de Indias y lloramos, con la tristeza de dejar para siempre a nuestros seres queridos, del otro lado del mar.







## Segundo viaje: crecer

a travesía hacia Cuba es larga, monótona y silenciosa, como un mar en profunda calma. Cierro los ojos y veo a mi madre en la memoria. Su cuerpo se mece en la baranda con el movimiento de las olas. Sus ojos, cansados, miran hacia ninguna parte. Me parece que en esos días hablábamos poco. Yo tenía nueve años de edad y, de repente, había dejado de ser el niño mimado, el menor de la casa. Me había convertido en el mayor, el menor y el único hijo. No me veo como un niño, haciendo travesuras en un barco, sino como un hombre que ha tenido que crecer de un día para otro. Podría decir que en esos días fui un viejo, metido, por equivocación, entre el cuerpo de un niño. Me acostumbré a no molestar, para no interrumpir los pensamientos tristes de mis padres. Y en esos largos días de duelo, empecé a existir para adentro, sin ser apenas visto por los otros.

Debo confesar que muchas veces deseé estar muerto, como mis hermanos, para que mis padres me quisieran o, al menos, para que me extrañaran, para que hablaran de mí, como hablaban de sus

amados hijos. A veces llegué a pensar que era mejor existir en la memoria, que seguir ahí, ocupando el lugar de tantos fantasmas. Recuerdo que hablaba solo, o mejor, que hablaba con Pablo, con José Dionisio y con María Francisca. Ellos se aparecían en mis sueños y saltaban hasta la cubierta para invitarme a jugar, como antes. Cuando despertaba, bañado en sudor, no me perdonaba haber perdido sus rastros en el sueño. Me revolví en mi cama de camarote y trataba de volver a dormir para encontrármelos de nuevo y seguir jugando. Mis ojos se llenaban de lágrimas pero no me atrevía a llorar, para no preocupar a mis padres que ya tenían bastante con sus propias preocupaciones y con su inmensa tristeza.

Con nosotros viajaban otras familias españolas que acababan de dejar sus casas, sus cosas y muchos de sus seres queridos en la otra orilla. Los hombres hablaban de política, las mujeres se contaban sus pesares y todos trataban de pensar en la vida que los esperaba del otro lado del mar. De nuevo estaban con las manos limpias y sin equipaje, como habían salido de España muchos años atrás, pero confiaban en recuperar sus privilegios coloniales y en volver a amasar una fortuna en la isla de Cuba, que era todavía un pedazo de la América española, a salvo de patriotas insurgentes y de "peligrosas ideas de independencia".

Muchos de ellos estaban convencidos de que el triunfo de los gobiernos insurgentes iba a durar poco y que habría una segunda reconquista española, como la de Pablo Morillo, que les permitiría regresar para cobrar venganza y retomar el manejo de sus haciendas. "Lo que se necesita en las colonias es mano dura", opinaban muchos españoles furibundos y sólo se les veía recuperar los ánimos y las fuerzas cuando hacían planes para el futuro. Pero eran planes llenos de odio y de venganza, planes de colgar la cabeza de Simón Bolívar en la plaza y de ajusticiar, uno por uno, a todos los patriotas criollos. Recuerdo que fue por esos días, y sólo con nueve años a cuestas, cuando empecé a preguntarme por mi verdadera nacionalidad. Aunque era cierto que pertenecía al bando de los realistas (la prueba de ello era todo lo que acababa de sucederle a nuestra familia), me invadía un disgusto muy extraño cuando escuchaba a los españoles del barco referirse a mi patria como a una simple "colonia" de su propiedad.

Debo decir que mis padres habían dejado muchos afectos en la Nueva Granada y que nunca abrigaron esos deseos de venganza. Mi madre decía que en esa patria habían nacido y estaban enterrados sus hijos y que la patria, más que un lugar en el mapa, era un sitio que se llevaba en el corazón.

Así que tuvimos que hacernos a otro lugar en el mapa para vivir, una vez que el barco llegó a La Habana. La situación de mi padre era crítica, pero su espíritu luchador, acostumbrado a cambiar tantas veces de rumbo y de destino, no se doblegó ante las difíciles circunstancias. Recuerdo haberle oído decir muchas veces que la honradez, el trabajo y la buena voluntad eran el único capital del pobre. No eran simples frases, sino un modo de vida, que le permitió empezar muchas veces y trabajar sin descanso, para dejarme un apellido limpio y digno como la mejor de las herencias.

Creo que no había pasado ni una semana cuando logré conseguir un modesto trabajo para subsistir y eso nos permitió alquilar una pequeña casa entre la calle de Arango y la calle del Mamey, de la que conservo todavía un plano que yo mismo dibujé. La falta de hermanos y la tristeza incurable de mi madre, me llevaron a estudiar más de la cuenta, para darle una alegría y para tratar de hacerme mi propio lugar en el mundo. Por esos días empecé a descubrir el inmenso placer de la lectura y, a falta de amigos, los libros fueron mis más cercanos compañeros. Con ellos viajé por los lugares más lejanos de la geografía y desde entonces soñé con ser escritor.

Podría decir que tuve algunos años normales cuando empecé a ir a la escuela y a descubrir los misterios de las matemáticas, la filosofía y el latín. También guardo algunos recuerdos de los días en la playa y de las largas caminatas en las que hacía olvidar a mi madre sus tristezas, contándole mis aventuras en la escuela. Ella se reía de buena gana, con esas carcajadas sonoras que recordaban los años felices de Santafé y me confesaba que, de no haber sido por mí, se habría arrojado por la cubierta del barco, cuando veníamos para Cuba. Muchas veces me dijo que mi padre y yo éramos su única razón de vivir y que todas sus esperanzas estaban cifradas en mi futuro. Decía que iba a llegar muy lejos, que iba a alegrar con mis éxitos los días de vejez de mi padre,



Panorámica de La Habana, Cuba



Mapa de Cuba



pero que ella ya no iba a estar para verme. Yo, con doce años, me reía y trataba de convencerla de que le quedaba mucha vida por delante, que aún se veía joven y buena moza. Le decía que íbamos a hacer una gran fiesta el día de mi graduación como Bachiller y que ella sería mi compañera de baile durante toda la noche, pero ni siquiera yo creía en mis palabras. Mi madre estaba vieja y debilitada por tantos sufrimientos y creo que, en secreto, confiaba en irse pronto a acompañar a mis hermanos. Fue así como el 6 de enero de 1824, a los 44 años de edad, se despidió para siempre de mí y de mi padre.

A los trece años, cuando la vida nos empieza a sorprender con los repentinos cambios en el cuerpo, a los trece años, cuando mis compañeros de clase hablaban en secreto de asuntos íntimos y se escondían en las habitaciones del servicio para ver desnudarse a las esclavas, yo estaba enterrando a mi madre y tratando de que mi padre no se muriera de tristeza. Tuve que permanecer muchos días encerrado con él, convenciéndolo de que pasara bocado y de que se levantara para ir a trabajar. Tuve que suplicarle, con los rezagos de mi voz aguda de niño, que no me dejara solo en el mundo, que yo no estaba preparado para vivir sin él. Creo que fueron mis súplicas y mi angustia de hacerme hombre, sin nadie a mi lado, las que lo hicieron volverse a levantar para seguir luchando.

Eran tiempos de grandes decisiones y, después de culminados mis estudios básicos, yo debía resolver qué camino tomar, bien para encajarme en un oficio, o bien para empezar a prepararme para una carrera universitaria. Recién iniciado el duelo de mi madre, mi padre me preguntó si estaba seguro de mi voluntad de estudiar o si prefería aprender algún oficio para ganarme la vida. Yo le contesté, sin el menor asomo de duda, que quería ser Bachiller en Filosofía para estudiar luego la carrera de Jurisprudencia. Mi padre me ofreció que, si prometía estudiar con tenacidad, él se iría a descuajar bosques. Y así lo hizo: consiguió un préstamo, compró una pequeña finca en Lagunillas y se convirtió en agricultor para poder costear mis estudios que, en ese entonces, eran sólo accesibles para hijos de gente acaudalada.

Ni siquiera el ingreso a la universidad me resultó fácil, pues necesitaba acreditar papeles de limpieza de sangre para ser admitido y noso-

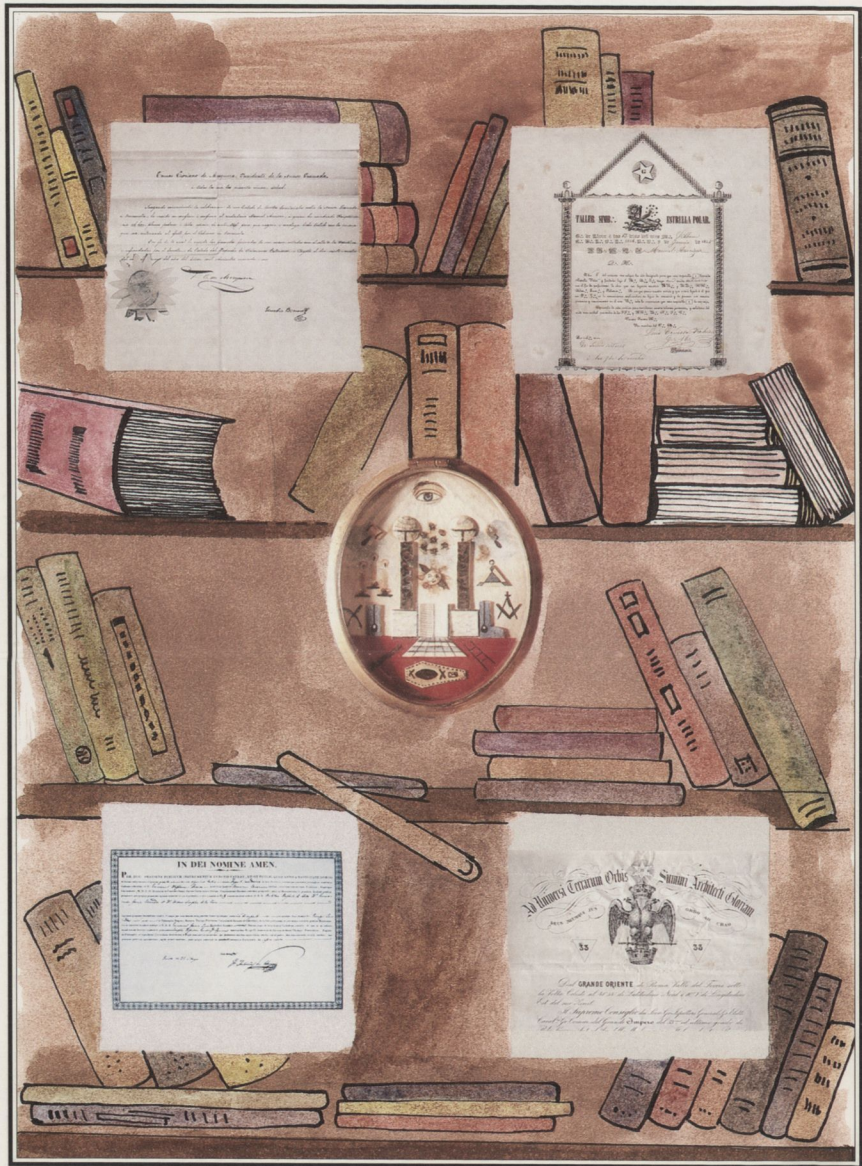
tros no teníamos documentos. Si habíamos salido de la Nueva Granada con lo que llevábamos puesto, difícilmente se nos podía pedir más de lo que a simple vista se sabía que éramos: gente honrada y de buena condición.

Mi padre, desde la finca, escribió un relato pormenorizado de nuestra historia y de nuestros ancestros, relato que sirvió de poco ante los exigentes tribunales examinadores. Todavía guardo su carta en la que me decía, con amargura: "Si quieren también la hidalguía y el escudo de armas de mi nobleza, se mandará a pedir a España, ¡bendito sea Dios! Si tuvieses pesos o pesetas, no tendrías necesidad de esos requisitos".

Tuvimos que buscar incansablemente cartas y documentos de antiguos conocidos para certificar nuestra condición de gente honrada. Muchos de esos certificados llegaron de España cuando ya no los necesitaba... Tardaron tanto, entre barcos, caminos y correos, que los recibí casi en las vísperas de mi graduación. Cuando los tuve en mis manos, quise destruirlos como un acto de rebeldía, pero me contuve y los guardé en mi archivo personal por el afecto que me inspiraban mis raíces y por preservar la memoria de la familia.

Toda esa colección de trámites y de requisitos, que cerraban el paso a quienes no fueran hijos de la nobleza española, contribuyeron a crear en mí una conciencia libertaria y una rebelión contra las condiciones de desigualdad que la Corona española seguía empeñada en mantener en Cuba. Mi descontento contra el régimen colonial, que se había iniciado en las épocas de la travesía en barco, se fue llenando de argumentos, a medida que leía los libros de la universidad y que entraba en contacto con algunos compañeros rebeldes. Leíamos a los autores que habían inspirado la Revolución francesa y soñábamos, como muchos jóvenes de otras latitudes americanas, con las tres palabras más ansiadas: "Libertad, igualdad y fraternidad".

En esos tiempos de pasión por la libertad era muy fácil para un joven universitario pasar de la teoría a la práctica, y así fue como terminé enrolándome en una conspiración secreta que se llamaba Cubanacán y que buscaba independizar a Cuba del dominio español. El nombre venía de la voz con que los indígenas llamaban a la isla y





reunía a un grupo de intelectuales y de estudiantes con ideas republicanas, entre los que estaban mis mejores amigos de entonces. Al comienzo, asistí a las tertulias movido por la curiosidad y por el deseo de discutir los libros prohibidos. La sensación de riesgo me fascinaba peligrosamente. Había una atmósfera de misterio y de prohibición que atraía mi espíritu adolescente y que me empujaba hacia esas reuniones clandestinas. Era emocionante esperar a que el reloj de la plaza diera las doce campanadas de la medianoche. Entonces, la oscuridad de La Habana se llenaba de hombres vestidos de negro que se encaminaban, desde distintos puntos de la ciudad, a una cita concertada con anterioridad. El santo y seña para poder entrar era dar tres golpes seguidos en la puerta y decir la palabra "Cubanacán".

Lo más difícil para mí fue contárselo a mi padre, pues él empezó a oír rumores sobre mis extrañas salidas a medianoche y creyó que yo andaba enredado en "malos pasos". Un buen día se vino de sorpresa desde su finca y me esperó en la puerta de mi residencia, hasta avanzadas horas de la madrugada. Cuando llegué de la reunión, vi su figura en la oscuridad y sentí que lo había traicionado. Después de todo lo que habíamos vivido, después de todas las muertes de mi familia, me parecía que lo peor que yo podía hacerle era resultar en el bando de los conspiradores republicanos. Alcancé a maquinar alguna historia con una dama para poder justificar mis misteriosas excursiones, pero también pensé que mi padre se merecía cualquier cosa de mí, menos un engaño. Podíamos pensar diferente y discutir apasionadamente nuestras ideas políticas como tantas otras veces lo habíamos hecho; podíamos, incluso, pelear para siempre por nuestras propias convicciones, pero la mentira era lo único que él no habría podido perdonarme, pues me había educado en la verdad, costara lo que costara.

Así que lo hice pasar a mi dormitorio, dejé que se acomodara bien en mi cama, lo miré a los ojos, le dije que, por encima de todo, lo quería y lo admiraba más que a nadie en este mundo y le conté todo, tratando de organizar muy bien los argumentos morales que tenía para pensar como pensaba y para desear la independencia de Cuba. Fue una de las noches más difíciles de mi vida y creo que también de la suya. Mi padre me escuchó con toda la atención, sin interrumpir una

sola vez mis razonamientos y, a pesar de tener la cara crispada por el dolor o por el miedo, no me dijo una sola palabra de reproche. Cuando terminé mi relato se quedó mudo durante un tiempo que a mí me pareció una eternidad.

Después habló lo estrictamente necesario, como era su costumbre en las situaciones difíciles. Debió costarle mucho pronunciar cada una de las palabras que por fin me dijo:

—Has analizado bien los motivos y tienes claras las razones de tus actos. Si te apoyé para que estudiaras, fue porque acepté que un día ibas a pensar con ideas diferentes a las mías. ¡Qué le vamos a hacer, hijo mío!... No pretenderás que tu padre, un viejo español, te felicite, pero trata de luchar en la vida por tus ideales. Eso sí, te recomiendo tener mucha prudencia. No soportaría otro dolor en mi vida por causa de las ideas políticas

Nos abrazamos con toda el alma y jamás, durante el poco tiempo que le quedó de vida, volvimos a hablar de Cubanacán. El 25 de agosto de 1832, casi un año después de nuestra conversación, murió mi padre. Recuerdo, como si fuera ayer, esos últimos días junto a su lecho de muerte, sin despegarme un instante del lado suyo. Me aferraba tanto a su mano, que, al final, tuvo que suplicarme que me desprendiera de él, para dejarlo ir en paz. Hasta el último momento conservó la lucidez suficiente para ayudarme a aceptar su partida y mi soledad y para llenarme de consejos. En mi diario, escribí sus últimas palabras, como una forma de no olvidarlas nunca: “Nada tienes en tu patria de la Nueva Granada, ni parientes ni amigos; pero así que concluyas tus estudios, vuelve a ella y, si de algo sirvieres, sírvela”.

Los meses de agosto volvían a tener ese sabor amargo de los tiempos de infancia. En agosto de 1819 había saltado en pedazos la tranquilidad de mi vida familiar y en agosto de 1832, trece años después, se iba mi padre, el único vínculo que me ataba a una familia. Totalmente solo en el mundo y sin ánimos para celebrarlo, me gradué como abogado. Fue también en un agosto de 1834. La vida siguió, a pesar de todo. Empecé a trabajar, a abrirme camino en mi profesión y a dar clases en la universidad, pese a mi juventud.

Por esos tiempos conocí la Masonería, una organización secreta, prohibida y muy antigua, a la que pertenecían muchos de mis amigos patriotas. Aunque los masones tenían muy mala reputación y eran tildados como gente malvada, “sin Dios ni ley”, la verdad que yo descubrí era contraria a esos rumores. Para ingresar a una logia masónica había que recorrer un largo camino y superar difíciles pruebas de preparación física, intelectual y moral. Había que desprenderse de los vicios para emprender una vida espiritual y aspirar a ideales elevados, pero, sobre todo, había que aprender a pensar con independencia y libertad, sin tragarse enteras las verdades en las que todo el mundo creía ciegamente. En la masonería no había que creer en algo simplemente “porque sí”, ni pertenecer a ninguna religión, sino, más bien, esforzarse para encontrar una verdad propia. Fui admitido como aprendiz, en una serie de ceremonias magníficas y terribles, y tuve que seguir el rito de morir en un cuarto oscuro para volver a nacer.

Desde entonces, mi vida adquirió nuevos sentidos. Entre el trabajo y las actividades secretas lograba llenar mis días y pude construir una vida intensa con la dosis de riesgo y de aventura que necesitaba. La conspiración secreta de Cubanacán, que había empezado como un juego de adolescencia, iba tomando cada vez más impulso y me exigía mayores compromisos. Sin familia y sin demasiado para perder, pues ya lo había perdido casi todo, me consagré tanto a ella, que me hicieron secretario de la Junta Secreta. Por eso tenía que guardar cuidadosamente todos los papeles, los libros y los secretos más comprometedores.

Una noche de enero de 1837, en la que me encontraba leyendo tranquilo en mi habitación, golpearon brutalmente en mi puerta. Antes de que acertara a abrir, dos oficiales de la policía secreta trataban de forzar la cerradura. Juntando todas las fuerzas y fingiendo la mayor sangre fría, les abrí y los invité a pasar, con mis mejores maneras de caballero. Como es natural en estos casos, los oficiales no le hicieron el menor caso a mi caballerosidad y empezaron a requisar minuciosamente las gavetas del armario, arrojando ropas, papeles y libros. Pronto mis escasos objetos estaban amontonados en el piso y los oficiales revolvían con torpeza el desorden que habían sembrado, en busca de los papeles comprometedores. Yo insistía en ayudarlos y en cooperar

con su búsqueda y les indicaba nuevos anaqueles para revisar, haciéndolos sentir cada vez más desconcertados y furiosos.

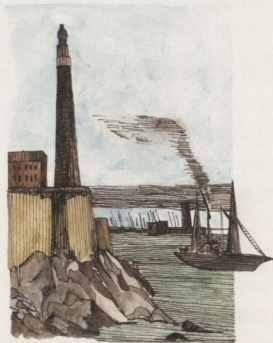
Después de una larga hora de trajín, les señalé el cajón de mi mesa de noche y les ofrecí la llave. Con la mayor de las ironías les dije:

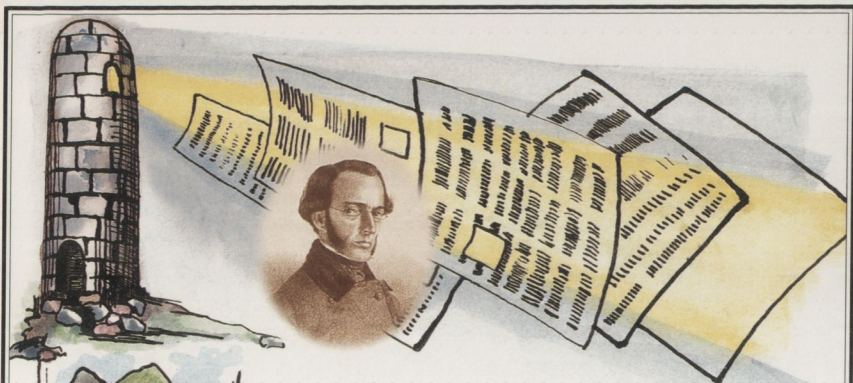
—Caballeros: No es necesario astillar el cajón y dejármelo inservible. Aquí tengo la llave, para evitar más destrozos.

Habrían podido matarme si tuvieran orden de sus superiores... Pero fue tanta la ira que provocó en ellos mi tranquilidad, que mordieron el anzuelo y decidieron irse, sin decir una sola palabra. Cuando vi por la ventana de mi habitación que habían abandonado la casa, me di cuenta del sudor que empañaba mis lentes. Respiré profundo y tomé la llave de la mesa de noche que ellos se habían negado a requisar. Ahí estaban, intactos y muy bien organizados, los manifiestos secretos, las actas de reunión y la lista de todos los integrantes de Cubanacán...

A pesar de la búsqueda infructuosa, quedé tildado como sospechoso y desde ese día fui objeto de la más estricta vigilancia policial. Lo primero que hice fue denunciar el allanamiento, publicando una queja en el *Diario de la Marina*. Esta noticia sirvió para que todos mis compañeros de conspiración, en otros lugares de la isla, se enteraran de la persecución y pudieran quemar todos los papeles comprometedores, antes de que los sorprendieran en sus residencias.

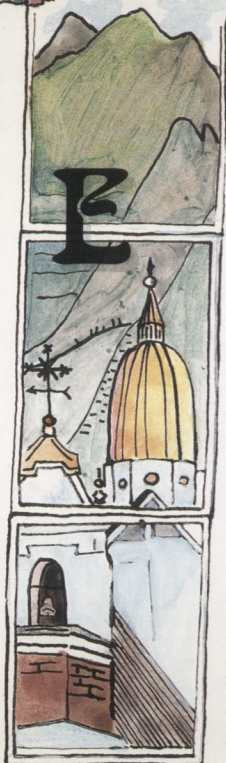
Para tener un poco de tranquilidad, me trasladé a la ciudad de Puerto Príncipe, pero no había lugar en donde un conspirador pudiera sentirse totalmente a salvo. Fue entonces cuando abandoné la isla, con el mínimo equipaje posible, para no perder la costumbre familiar. Una nueva etapa de mi vida me esperaba. El destino final del viaje no era del todo claro. Sólo sabía que, de nuevo, tenía que irme.





## Tercer viaje: en busca de las raíces

Estoy en la cubierta del bergantín *Zaragozano* y miro las fortificaciones de La Habana, hasta que se hacen pequeñas y desaparecen de mi vista. De repente, quedo perdido en la inmensidad del océano. El destino de la nave es Puerto Rico, pero yo todavía no tengo claro mi propio destino. Sólo sé que me alejo de esta tierra a la que un día llegué con mis padres y que, a pesar de viajar con algunos amigos, me siento solo, verdaderamente solo, más de lo que nunca he estado. Mi vida no depende de nadie diferente de mí mismo. Nadie me espera en ningún país. Podría haber un naufragio y ningún familiar se enteraría de mi muerte. No habría quien reclamara mi cuerpo, o mi herencia, que está toda guardada en un baúl y se reduce a unos kilos de libros y a un archivo personal, con mis papeles imprescindibles. Tengo una sensación extraña: una mezcla de miedo y de aventura que me impulsa hacia lo desconocido y que me hace sentir más vivo que nunca. No sé qué me depara esta nueva vida, pero quiero vivirla intensamente.



Entre 1839 y 1840, fui parecido a uno de esos marineros de los relatos de aventuras que leía en mi adolescencia. Se me fue un año entero viajando a bordo de distintas naves, con banderas de diferentes colores y países, tratando de encontrarme a mí mismo. Gracias a mis actividades secretas y a mi condición de masón, tenía contactos con otros patriotas hispanoamericanos que estaban ubicados estratégicamente en distintos lugares de América. Los masones éramos como una gran familia que se ayudaba en cualquier lugar del mundo y que tenía ideales ligados con la independencia de los pueblos de América. Por eso nunca me faltaron hospedaje ni trabajo. Anclé en muchos puertos de los Estados Unidos, aprendí a hablar inglés, dejé buenos amigos y conocí un mundo en el que el régimen republicano daba ya sus primeros frutos de progreso. Pude haberme quedado en alguno de esos lugares y empezar una vida de extranjero, trabajando de sol a sol en lo que resultara, para probar fortuna. Pero también me fui. Me di cuenta de que ése no era mi lugar.

Durante esos largos días de viaje me pregunté muchas veces cuál era mi lugar en el mundo y no encontré respuesta. Un amigo, llamado Fermín Toro, me contó que había dejado su cátedra en el Colegio de la Independencia de Caracas y que necesitaba recomendar a alguien como yo para reemplazarlo. Ese mismo día, desde Estados Unidos, escribimos anunciando mi llegada. Fue así como un buen día me vi en el puerto de La Guaira. Los masones de Venezuela me recibieron como a un miembro más de la Gran Familia y me dejaron entrar en los círculos de los intelectuales venezolanos. Pronto tuve trabajo y alumnos y empecé a sentirme participe en la construcción de un país que, por encima de cualquier otra cosa, necesitaba maestros.

Desde entonces, estaba convencido de que sólo por medio de la educación lograríamos formar los países libres que tanto queríamos. Ya estaba bien de guerras: había pasado la época de los hombres de espada y ahora nos tocaba el turno a los hombres de pluma. En esos tiempos de dedicación a la cátedra, pude poner en el papel muchas de mis ideas; colaboré en periódicos, ayudé a formar bibliotecas y escribí un libro para mis alumnos que me ocasionó muchos desvelos, pero que me hizo sentir orgulloso. Se llamaba *Lecciones de psicología*.

Venezuela fue una escala necesaria para recuperar mis raíces de ciudadano de la Nueva Granada. Había algo en el aire, en la comida, en el bullicio de los días de mercado y en la misma agitación de las ideas, que me recordaba sensaciones profundamente familiares. Me sentía casi como en mi hogar, pero me faltaban algunos pasos para dejar de ser extranjero. En Valencia conocí a don Lino de Pombo, que era el ministro plenipotenciario de la Nueva Granada. Cuando él regresó a la patria, me recomendó para sucederlo en el cargo, ante el presidente Tomás Cipriano de Mosquera.

De repente, yo, Manuel Ancizar, un ilustre desconocido en mi país, recibí un nombramiento como Ministro Plenipotenciario de la Nueva Granada, con una asignación de 6.000 pesos anuales. Tenía que discutir delicadísimos problemas de límites. Los países hermanos, que habían formado años atrás un solo país llamado La Gran Colombia, estaban trenzados en disputas fronterizas para aclarar dónde empezaba cada uno de sus territorios. Las líneas de los mapas se movían para un lado y para otro, según la nacionalidad del que las trazara. Es más: para ser fiel a los hechos, no había aún mapas definitivos. Un geógrafo italiano, llamado Agustín Codazzi, estaba tratando de hacer los de Venezuela, en medio de la delicada situación política y de los cambios de gobierno que se sucedían de una manera intempestiva. El pobre Codazzi no sabía si iba a terminar su trabajo o si un buen día iba a tener que salir de Venezuela, como había tenido que salir antes de tantos otros lugares, en su larga vida de viajero. Su condición errante, tan parecida a la mía, hizo que, desde nuestros primeros encuentros, nos volviéramos grandes amigos.

A pesar de mis intensas gestiones diplomáticas, no logré arreglar las dificultades de límites entre los dos países y, entonces, fui llamado por el gobierno de la Nueva Granada para informar sobre la situación. Así se cumplió el mandato de mi padre y regresé a mi patria en 1846, después de tantos años de ausencia.

Los recuerdos se agolparon todos en mi mente, cuando tuve ante mis ojos las montañas azules y verdes de la Sabana de Bogotá. Era un día soleado, de cielo despejado y de aire frío, que me devolvía a los

BUENA

San Juan de los Rios, VI de mayo de 1812

Amoroso hermano don Juan Manuel de Guzman

Recibe de mi parte mis afectuosos saludos y deseo que te encuentres muy bien y que tengas un feliz viaje a la capital de la patria.

Con amor y respeto te quedo tu hermano

Francisco de Paula Guzman

Carta para  
Don Juan Manuel de Guzman

Amoroso hermano  
Recibe de mi parte mis afectuosos saludos y deseo que te encuentres muy bien y que tengas un feliz viaje a la capital de la patria.

Con amor y respeto te quedo tu hermano

Francisco de Paula Guzman

**EL NEO-GRANADINO.**

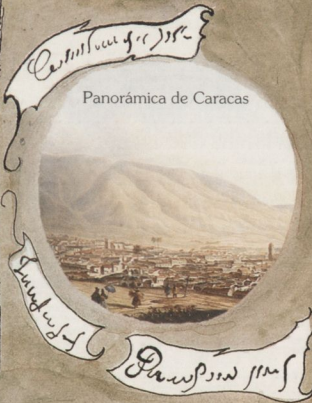
ANO II. BOGOTA LA DE FEBRERO DE 1815. FOLIO 26.

CONTENIDO.	
Nº 1.	Exposición de los artículos de la Constitución.
Nº 2.	Exposición de los artículos de la Constitución.
Nº 3.	Exposición de los artículos de la Constitución.
Nº 4.	Exposición de los artículos de la Constitución.
Nº 5.	Exposición de los artículos de la Constitución.
Nº 6.	Exposición de los artículos de la Constitución.
Nº 7.	Exposición de los artículos de la Constitución.
Nº 8.	Exposición de los artículos de la Constitución.
Nº 9.	Exposición de los artículos de la Constitución.
Nº 10.	Exposición de los artículos de la Constitución.

EXTERIOR.  
NOTA DE PAISAJE.

Handwritten text arranged in columns within a decorative border.

Amoroso hermano  
Recibe de mi parte mis afectuosos saludos y deseo que te encuentres muy bien y que tengas un feliz viaje a la capital de la patria.



Un paisaje

Amoroso hermano  
Recibe de mi parte mis afectuosos saludos y deseo que te encuentres muy bien y que tengas un feliz viaje a la capital de la patria.

Mitología

de los Santos Indígenas

Amoroso hermano  
Recibe de mi parte mis afectuosos saludos y deseo que te encuentres muy bien y que tengas un feliz viaje a la capital de la patria.

Handwritten text arranged in columns within a decorative border.

Amoroso hermano  
Recibe de mi parte mis afectuosos saludos y deseo que te encuentres muy bien y que tengas un feliz viaje a la capital de la patria.

ESTUDIO DE LA FIBROSCA

Amoroso hermano  
Recibe de mi parte mis afectuosos saludos y deseo que te encuentres muy bien y que tengas un feliz viaje a la capital de la patria.





días felices de mi infancia. Ese paisaje inconfundible, que no había vuelto a ver desde mis siete años, me dio, por un instante, la ilusión de que iba a encontrar todo intacto: mi país, mi gente, mi casa y mi familia. Casi tuve el impulso de correr por calles desconocidas, hasta encontrar mi antigua casa, imaginándola todavía en el desorden que habíamos dejado sembrado el día de nuestra huida, veintisiete años atrás. Por supuesto que fue una sensación infantil, rápidamente descartada por el peso de mi razón adulta. Las cosas eran bien diferentes en esa Bogotá, ahora capital de un país libre. Mucha historia había corrido desde entonces. Y mucha historia seguía corriendo, ahora que era un hombre de 34 años y regresaba a ella.

No me puedo quejar de la forma como fui recibido. Cualquiera creería que siempre había vivido en Bogotá. Trabajé como subsecretario de Relaciones Exteriores y como profesor de Derecho Internacional en la Universidad Central. Las clases se convertían en intensos debates y muchas veces llegamos a olvidarnos de los horarios para seguir discutiendo en el café de la esquina. Fueron tiempos en los que pude sentirme útil y creativo. El país que una vez me había quitado a mi familia, recompensaba mis antiguos sufrimientos ofreciéndome posibilidades para trabajar en lo que me gustaba. De pronto empecé a pensar que la patria era simplemente ese lugar en donde uno se siente indispensable.

El año de 1848 fue un año de grandes proyectos. Mientras el 20 de julio se celebraba la colocación de la primera piedra del Capitolio Nacional, yo me preparaba para publicar mi periódico, *El Neogranadino*, un proyecto personal que dejaba de ser un sueño para convertirse en realidad. Desde que empecé a pensar en hacer un semanario, tuve apoyo del gobierno. Viajé a Estados Unidos a traer los mejores equipos de tipografía y encuadernación y aproveché también mis vínculos con Venezuela para involucrar en mi sueño a la mejor gente del oficio que había conocido allá. Los hermanos Echavarría Ovalle dejaron su patria, atraídos por el reto de imprimir y administrar el periódico más grande que se hubiera conocido en la Nueva Granada.

El cuatro de agosto (¡como siempre, mi vida cambiaba en agosto!) salió el primer número de *El Neogranadino*. Era un semanario de

ocho páginas, muy bien impreso y acompañado por una pieza de música y por el capítulo de alguna novela de folletín, publicada por entregas. También tenía retratos de personajes de la época, hechos por los pintores Celestino y Jerónimo Martínez y reproducidos en nuestro moderno taller de litografía. Mi idea era abrir nuevos horizontes a la gente, ofreciéndole mucho más que los pequeños chismes políticos de salón a los que se dedicaban las publicaciones del momento. Me ocupé personalmente de conseguir suscriptores en todos los lugares del país, e incluso, más allá de sus fronteras. Con decir que llegábamos hasta Valparaíso, ¡en Chile!

Pronto, *El Neogranadino* empezó a circular por distintas provincias. Yo me imaginaba a la gente, en lugares bien apartados y diferentes de nuestra geografía, comentando las noticias, discutiendo los artículos y disfrutando de los pasatiempos. Desde mi taller me sentía como un hombre en un faro, iluminando y uniendo a todo un país, alrededor de ese gesto tan simple como la lectura semanal del periódico.

Ahora que miro para atrás mientras cuento mi historia, no alcanzo a entender cuántas cosas tan dispares alcancé a hacer en esos años ni cómo me alcanzaban los días y las noches para dedicarme a tantas actividades. Supongo que el hecho de tener 35 años y todas mis fuerzas intactas, algo ayudaba. Pero muchas veces he pensado que también el no tener familia me impulsaba a aceptar toda clase de ocupaciones para engañar a la soledad. De mi oficina de redacción corría hacia la oficina de encuadernación para dar algunas instrucciones, y de allí salía a resolver las dificultades que tenía con el correo de posta. Correo y semanario eran como un matrimonio: si el uno no funcionaba, el otro tenía problemas. Las cartas de los suscriptores quejándose de los envíos, eran mi pesadilla diaria. Recuerdo la de un señor en Mariquita que reclamaba indignado: “El periódico ha llegado mojado, ajado, incompleto y, sobre todo, leído”... Una dama me escribió acusándome de sus desvelos porque no le había llegado la última entrega de la novela de folletín, “Por el camino se robaron la novela, preciso en el último episodio y yo aquí, sola imaginando desenlaces, sin poder conciliar el sueño”...

6.42



General Tomás Cipriano de Mosquera



Agustin Codazzi  
por Ramon Torres Mendez

Sin conciliar el sueño muchas veces y otras tantas sin alcanzar a probar bocado, yo corría de un lado para otro. Del semanario salía para mi cátedra universitaria. De ahí a las reuniones de la Logia Masónica Estrella del Tequendama, que acabábamos de fundar... De la Logia saltaba a una que otra reunión política y, para completar, asesoraba al presidente Mosquera que creía mucho en mis consejos y que, por eso, me convenció de volver a su gobierno, en la Secretaría de Hacienda. Las labores de redactor las hacía por la noche y, cuando por fin lograba terminar un número, ya tenía que estar pensando en el otro. ¡El periodismo era un oficio de nunca acabar!

Al cabo de un año, a punto de enfermar por exceso de trabajo y agobiado por las deudas, decidí usar las mismas páginas de mi periódico para ofrecerlo en venta y empecé a pensar en serio qué era lo que verdaderamente quería hacer, de todo lo que hacía. Por mucho que me gustaran varios oficios, era importante escoger alguno y descartar otros. Mi amigo y consejero desde entonces, José María Samper, me decía, bromeando, que tenía que "sacar un tiempito" para conseguir novia y casarme, antes de convertirme en un solterón empedernido. Yo le contestaba que tiempo era lo único que no tenía y que formar una familia era un oficio de tiempo completo. Creo que, en el fondo, tenía miedo de amar por el triste destino que habían corrido mis seres queridos. Varias veces nuestras conversaciones en el Hospedaje de la Calle Real, donde ambos vivíamos, llegaron a tocar ese tema de la soledad. ¡Qué lejos estábamos de imaginar cómo el destino nos iba a terminar uniendo con lazos familiares!... Pero ésa es otra historia y no conviene adelantarse a los hechos.

El hecho era que tenía que escoger. Y que, de pronto, contra toda previsión y contra todo cálculo, terminé escogiendo algo nuevo, algo que no estaba entre mis planes: la aventura total. Renunciar a todo. Dejar lo establecido, lo que sabía hacer y había estado haciendo más o menos bien. Presentar las cartas de renuncia, apartarme del protocolo de los empleados del gobierno, regalar o vender lo poco que había logrado conseguir. Quedarme con lo mínimo y volver a viajar hacia lo desconocido. Ya estaba bien de tantos años de comodidad, tantos años viendo el mismo paisaje desde la misma ventana de la misma habitación.

¿Cómo sucedió ese cambio en mi vida? Fue mi amigo Agustín Codazzi, el mismo que había conocido en Venezuela y que ahora llegaba a la Nueva Granada, con sus mapas enrollados, quien me hizo cambiar de rumbo y abandonar todo lo conquistado para emprender otras conquistas. Muchos alcanzaron a pensar que me había vuelto loco de la noche a la mañana y no era para menos... Echar a andar por los caminos de este país, salir en la expedición de Codazzi como su ayudante, parecía una verdadera locura. Y fue la locura más maravillosa que pude cometer en toda mi vida. A tal punto que hoy no me imagino cómo habría sido yo sin ese tiempo en la Comisión Corográfica.

Codazzi acababa de refugiarse en la Nueva Granada. Al comienzo, dirigía el Colegio Militar y formaba ingenieros para hacer las obras públicas que necesitaba con urgencia el país. Pero, realmente, lo que él más quería era seguir haciendo mapas y recorriendo paso a paso los territorios que dibujaba. Una noche de desvelo conversábamos él y yo en nuestro hospedaje de la Calle Real. Él me contaba de sus desencantos y de la forma tan injusta como había tenido que huir de Venezuela, con sus mapas casi listos y con el trabajo de tantos años a punto de perderse. Hablaba con tristeza sobre el destino de su esposa y de sus hijos, andando como nómadas y fugitivos, después de que tuvieron que abandonar su casa en Valencia en cuestión de horas por los cambios en la política. Yo le conté los pormenores de mi historia familiar, de la que poco solía hablar, y le confesé que por eso quizás no me había preocupado de buscar una mujer y formar una familia. De repente, él se me quedó mirando largo rato, como si estuviera cocinando una de sus ideas de sabio:

—Si me resultara el proyecto de hacer los mapas de la Nueva Granada, usted sería el preciso para acompañarme, querido Alpha. Nada lo ata a Bogotá, pues no tiene familia y su espíritu aventurero parece aburrirse con tanta vida de salón —me dijo.

Yo le confesé que me aburría mortalmente y que estaba pensando en un cambio de rumbo. Esa noche no estaban aún claros los proyectos de Codazzi ni los míos y, por eso, todo lo que hablábamos era un asunto muy nebuloso. Pero él insistió en saber si me iría a ese viaje con él, como ayudante.

—Con un guía como usted, me iría hasta el fin del mundo... Y hasta aprendería a dibujar mapas —le contesté bromeando.

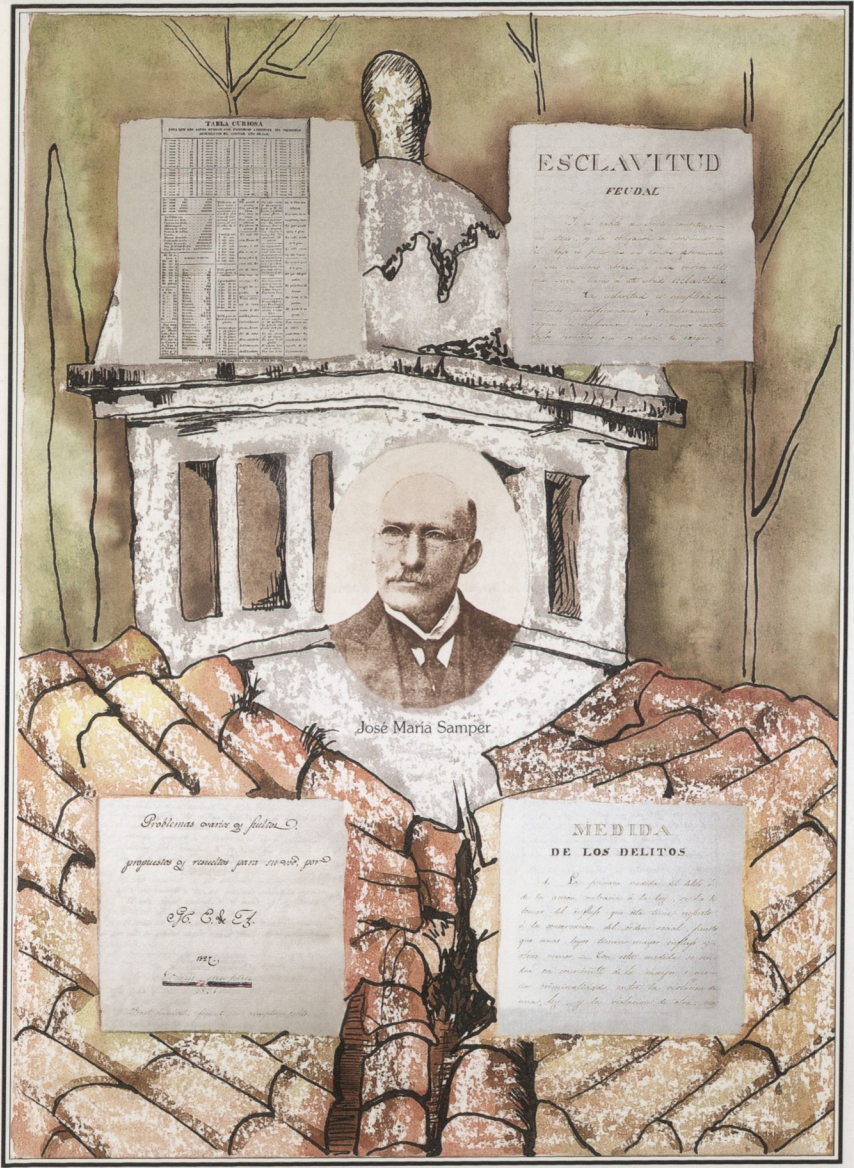
Unas noches después volvió a hablarme del proyecto que estaba a punto de ser aprobado por el Congreso de la República.

—Se llama la Comisión Corográfica —me dijo— y consiste en hacer una expedición por los territorios de este país para trazar los mapas, porque aquí no se sabe hasta dónde llegan los límites de la Nueva Granada ni los de cada provincia. El presidente Mosquera me ha entregado una colección de mapas de distintas épocas, pidiéndome que los haga coincidir entre sí. Yo, por llevarle la idea, he tratado de juntar semejante colcha de retazos, pero nada coincide con nada. Necesito andar muchos caminos para hacer el levantamiento topográfico y eso toma varios años. Este país es ingobernable, mientras no se conozca a sí mismo. Aquí hay un gobierno que manda desde Bogotá, pero ni siquiera sabe bien a quién manda, cuántas almas son las que deben obedecerle, ni hasta qué puntos de la geografía deben llegar sus órdenes. Es como capitanear un barco sin brújula y sin destino. Seguir gobernando así es ir hacia un naufragio. Y eso lo sabe bien el capitán de la nave. El general Mosquera me asegura que éste va a ser su proyecto estrella y que, como sea, lo deja andando antes de terminar su gobierno.

Yo le contesté que no quería ser ave de mal agüero, pero que el gobierno de Mosquera estaba a unos días de terminar. Me parecía difícil que, con la situación política del momento y en vísperas de elecciones, pudiera sacar adelante un proyecto tan ambicioso. Pero Codazzi no se dejaba poner los pies en la tierra cuando tenía una idea metida en la cabeza.

—El que venga, del partido que sea, va a pasar a la historia con la Comisión Corográfica, porque ése es un asunto de toma de posesión. Es que ahí va a quedar la memoria de este país. Y se le va a dejar una carta de navegación a las futuras generaciones. Se les deja la dimensión exacta y real del país que tienen. Yo estoy seguro de que el proyecto sale.





**TIERRA CULTIVA**

ESTADO	TERRENO CULTIVADO	TERRENO SIN CULTIVAR	TOTAL
Aguascalientes	1,200	1,800	3,000
Baja California	2,500	3,500	6,000
Baja California Sur	1,800	2,200	4,000
Campeche	3,000	4,000	7,000
Chiapas	4,500	5,500	10,000
Chihuahua	5,000	6,000	11,000
Coahuila	6,000	7,000	13,000
Colima	2,000	2,500	4,500
Durango	3,500	4,500	8,000
Guanajuato	4,000	5,000	9,000
Hidalgo	3,000	4,000	7,000
Jalisco	5,500	6,500	12,000
Morelia	4,000	5,000	9,000
Nuevo Leon	3,500	4,500	8,000
Oaxaca	2,500	3,500	6,000
Puebla	4,500	5,500	10,000
Queretaro	3,000	4,000	7,000
San Luis Potosi	4,000	5,000	9,000
Sinaloa	3,500	4,500	8,000
Tamaulipas	3,000	4,000	7,000
Tlaxcala	2,500	3,500	6,000
Veracruz	4,000	5,000	9,000
Yucatan	3,500	4,500	8,000
Zacatecas	3,000	4,000	7,000
<b>Total</b>	<b>100,000</b>	<b>120,000</b>	<b>220,000</b>

**ESCLAVITUD FEUDAL**

En este sistema de cultivo, el propietario de la tierra se reserva el derecho de exigir a los campesinos que trabajan en sus campos, una parte de la cosecha o un servicio personal. Este sistema, que es una forma de esclavitud, impide el desarrollo de la agricultura y el bienestar de la población rural.



José María Samper

*Problemas ovinos y felicitos*

propuestas y ranas para 1900, por

J. M. S.

1901

**MEDIDA DE LOS DELITOS**

En primer lugar, el delito de robo de ganado debe ser castigado con la pena de muerte. En segundo lugar, el delito de homicidio debe ser castigado con la pena de cadena perpetua. En tercer lugar, el delito de fraude debe ser castigado con la pena de prisión por tiempo indeterminado.

—Está bien, Codazzi. Todos estamos ayudándole a usted, a ver si aprueban ese proyecto en el Congreso —le contesté—. Lo que no entiendo es qué papel jugaría yo en todo ello. Difícilmente sé trazar una línea.

—Y yo difícilmente sé escribir como usted lo hace, mi querido Alpha. Éste es un trabajo de equipo, porque geografía no es sólo hacer mapas. Geografía es la gente que habita en cada paisaje, la forma como se viste y como piensa, las riquezas que posee o que le hacen falta, los monumentos que se conocen y los que están por descubrir. Por eso, necesitamos también un buen pintor y un botánico que habrán de aparecer pronto, cuando haya presupuesto. Pero ahora estamos hablando de Ancizar. ¿Puedo incluirlo en mi nómina de colaboradores, como secretario?

—Me hace usted la pregunta a quemarropa, Codazzi.

—Es que a quemarropa necesito la respuesta, Alpha.

—Pues podría contar conmigo... en caso de que llegara a salir su locura —vacilé.

—Cuenta con que sale. Más bien vaya preparando su espíritu y su cuerpo para semejante peregrinación, que no va a ser cosa fácil.

—Dígamele a mí —contesté, aceptando su reto—. Aprendí a viajar desde que mi madre me cargaba en su seno.

Cuando Codazzi me arrancó el “sí”, el proyecto de la Comisión Corográfica era apenas un sueño. El 29 de mayo de 1849 el Congreso lo aprobó, mediante una ley que ordenaba “Levantar una carta general de la República y un mapa corográfico de cada una de sus provincias, en un término de seis años contados desde el 1 de enero de 1850”. De esa forma, el sueño de Codazzi se hacía realidad y yo ya estaba embarcado en él, bajo palabra de honor. En medio de la tensa situación política por las elecciones presidenciales, el testarudo del Codazzi se salía con la suya. No sólo Mosquera había logrado hacer aprobar el proyecto en el Congreso, sino que se sabía que José Hilario López, su sucesor, estaba de acuerdo con llevarlo adelante. Noches

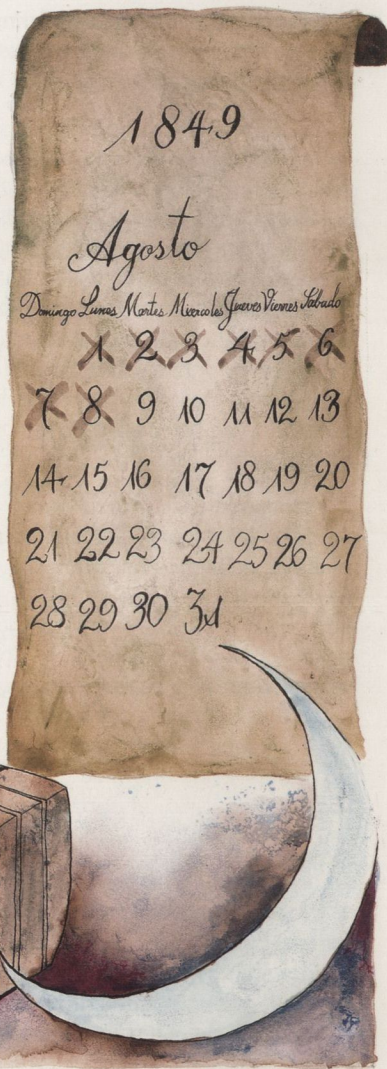
más tarde, llegó feliz, con el contrato en la mano y, en nuestra habitación del hotel, empezamos a pensar seriamente en los nombres de los otros expedicionarios.

Escogimos a Carmelo Fernández, un pintor venezolano, para hacer las láminas de los paisajes, los monumentos y las gentes que fuéramos encontrando en nuestros recorridos. Era necesario tener imágenes claras, para que la gente pudiera realmente conocer su país. Luego dimos con el nombre de José Jerónimo Triana, un médico recién graduado, que se había vuelto botánico por pasión. Triana debía examinar, clasificar y dar nombre botánico a las plantas de los diferentes lugares, clasificando y describiendo las de aplicación útil en medicina, en las artes y para exportación. Mi trabajo, como secretario y cronista, consistía en “describir las costumbres, las razas en las que se divide la población, los monumentos antiguos y curiosidades naturales y todas las circunstancias dignas de mencionarse”.

A todas éstas, corría de nuevo otro emocionante agosto de mi vida y el resto de ese año de 1849 se nos fue en preparativos. Diseñar las rutas que debíamos recorrer y las diferentes etapas de nuestros viajes. Trazar itinerarios posibles, imaginando cuáles haríamos a caballo, cuáles a pie o a lomo de mula y cuáles en canoa. Estudiar los caminos reales, las trochas y los atajos. Conseguir los instrumentos para hacer las mediciones necesarias: mirar cuáles de esos instrumentos teníamos ya y cuáles había que encargar a Europa y a los Estados Unidos. En mi caso, conocer muchos de esos instrumentos en los que no había reparado antes y que ahora se convertían en objetos tan familiares como mi reloj de bolsillo: el horizonte artificial, el sextante, los barómetros, los cronómetros, los termómetros e higrómetros, el teodolito y otros nombres extraños que hoy se me hace difícil traer a la memoria.

Eso, en cuanto a lo científico. En el terreno práctico, había un sinnúmero de asuntos para resolver: qué ropa llevar y qué bestias aguantan los caminos, a quién dejar encargado de las tareas y de los asuntos urgentes en Bogotá, qué hacer con mis pocos haberes y con mi archivo personal, de quién despedirme, cuántas plumas, lápices y cuader-nos me serán necesarios, qué libros serán imprescindibles y cuáles

pesan demasiado, qué medicinas me harán falta. Difícilmente podía dormirme por las noches y, cuando por fin lo lograba, despertaba soñando que había dejado algo importante y que tenía que devolverme. Jamás, en mi vida de viajero, había puesto tanta atención a los preparativos. Contaba los días y los iba tachando en mi calendario, como un niño que espera el día de su cumpleaños. Una nueva vida me esperaba. Me iba a conocer realmente cómo era mi país, en dónde empezaba y en dónde terminaba. Me iba detrás de un sueño.





## Cuarto viaje: la peregrinación de Alpha

El fin llegó la fecha. Un tres de enero de 1850, despuntando la mañana, salimos de Bogotá. Por las ventanas aún entornadas, las muchachas madrugadoras miraban con curiosidad nuestra extraña caravana. Vaya uno a saber qué pensarían, si nos tomaban por magos o por titiriteros. Nosotros marchábamos a caballo y detrás iban las mulas y los peones, cargando baúles y petacas con ropa, enseres y toda clase de extraños instrumentos, envueltos en sus aparatosos estuches de cuero... A medida que mi caballo avanzaba, empecé a despedirme de la ciudad que despertaba, con sus prisas y sus afanes, y que llegaba a mis oídos como un rumor sordo, cada vez menos perceptible.

Puedo decir que jamás como ese día me había sentido tan vivo y tan alerta, con todos mis sentidos funcionando en la plenitud de sus capacidades. Sentía el aire frío entrar y salir por mis pulmones y

recorrer hasta las más pequeñas arterias de mi cuerpo. Las aletas de mi nariz palpitaban con el perfume de los arbustos de las laderas, mis oídos empezaron a recibir los misteriosos sonidos de la naturaleza que poco a poco fueron reemplazando el bullicio de la ciudad. El balido de las ovejas, el mugido de las vacas y las voces de los campesinos que se aprestaban a iniciar una nueva jornada de trabajo, me hicieron despertar a esa nueva vida que me esperaba. Detrás de mí dejaba el territorio conocido, delante de mí se extendían las comarcas sin medir, que debía visitar en mi peregrinación.

Nuestra primera parada fue la fuente de Torca. Nos detuvimos para beber en esas aguas solitarias y límpidas y yo aproveché la fugaz estación para tomar algunas notas sobre los paisajes recorridos, estrenando mi cuaderno de apuntes. Codazzi se rió de mi aplicación en la tarea y yo le contesté que aún no tenía sus extrañas artes, para galopar y escribir al mismo tiempo, sin perder los estribos. En verdad, era impresionante verlo garabatear y tomar observaciones, manejando por igual caballo y pluma, sin necesidad de detenerse o aminorar siquiera la velocidad. ¡Las mañas que da la experiencia!

Después de refrescarnos, seguimos hacia la venta Cuatro Esquinas, que estaba a un paso de ahí y que era el lugar previsto para pasar nuestra primera noche. Comparar el nombre con el verdadero lugar fue una de mis primeras decepciones del viaje. Mejor debería llamarse cuatro ranchos, pues eso era lo único que había, y los ranchos no formaban entre sí ninguna esquina. Dos camas de cuero, desamparadas y sin ningún tipo de mantas, tal como llegaron del aserradero, eran nuestro único mobiliario.

Para huir de nuestra triste posada, decidí gastar el resto del día en el Puente del Común, que era el objeto de nuestra visita y que estaba bastante cerca. Recuerdo la impresión que me causó verlo abandonado, medio caído y cubierto de maleza, después de haber sido tan importante en los tiempos coloniales. Escribí unas notas sobre la urgencia de rehabilitarlo como punto importante del sistema de caminos y me propuse poner en limpio mis observaciones antes de dormir para enviarlas por correo a la ciudad, pues habíamos acordado

que *El Neogranadino* publicaría por entregas todos los episodios de nuestra peregrinación. Era emocionante pensar que lo que ahora estaban viendo mis ojos, iba a ser visto por los ojos de centenares de lectores, tan sólo unas cuantas semanas después. Imaginaba también a las muchachas siguiendo con asombro cada jornada de nuestro viaje y esperando la siguiente, como si se tratase de una novela de aventuras por entregas...

Cuando regresé, ya entrada la noche, mi sorpresa fue grande al encontrar a Codazzi profundamente dormido, en aquella seudoposada, usando su silla de montar como almohada. Después de martirizar mis ojos con la tenue luz de una única vela disponible, pude terminar mi primer artículo para *El Neogranadino*, lo firmé con el seudónimo de Alpha, como siempre, y me dispuse a dormir para recuperar mis fuerzas. Por más que traté de imitar a mi compañero, casi no pude conciliar el sueño y pasé una noche de perros, tratando de contar ovejas o, más bien, ratones. ¡Cómo extrañaba mi cama, en medio de los ronquidos que salían de la cama vecina!

Al otro día nos encaminamos a Zipaquirá. Nos entretuvimos en verificar con Codazzi la medición que habíamos empezado a hacer desde la víspera y contamos 10 leguas granadinas entre Bogotá y Zipaquirá. Entramos a la antigua ciudad de los zipas por un camino recto, sombreado con sauces y mejorado con puentes sobre el riachuelo y las quebradas. Sabía, por los libros estudiados antes del viaje, que aquel camino había sido obra de mi padre, José Francisco de Ancizar, en sus tiempos de corregidor. Pero la ciudad bonita que yo recordaba con mis ojos de niño, había cambiado mucho desde entonces. Se veía pobre y poblada de mujeres harapientas, como si se tratara de una de esas joyas descuidadas y empolvadas. Era triste ver sus campos fértiles sin aprovechar y observar que su mina de sal, fuente de grandes ingresos, no aportaba nada para la prosperidad de sus habitantes. En las averiguaciones de ese día pude ver, en parte, la raíz del problema: ni siquiera contaban sus habitantes con una simple escuela primaria pero sí dedicaban enormes esfuerzos a edificar una iglesia colosal, como si fuera más importante empeñarse en levantar moles de piedra que en edificar el espíritu para el progreso de las nuevas generaciones...



*Un uomo in abito bianco e un signore*



*Un gruppo di persone in abito bianco e rosso in un paesaggio*





Sin más que hacer por el momento, distinto de escribir para abrir los ojos, nos encaminamos hacia Ubaté. Pronto el camino se hizo fatigoso y difícil, debido a las ondulaciones de la cordillera. En medio de los paisajes sublimes y de las escarpadas subidas, yo iba pensando en la desmesura de los paisajes de nuestra América, tan diferentes a los de la geografía europea. En este nuevo mundo, todo rechazaba las clasificaciones ordenadas que habían inventado para sus tierras los sabios de ultramar. Pensaba con asombro en que habría que inventarse una nueva geografía para redescubrir América y para poder nombrarla con toda la dimensión de su grandeza y también con su hermoso desorden.

Mis románticas cavilaciones de viajero se encontraron con el verdadero desorden de Ubaté, precisamente en un día de mercado. Gastamos tanto tiempo tratando de entrar al pueblo, que casi hubiera sido mejor seguir la marcha. Los bueyes, atravesados por todos los costados de la plaza, no permitían el paso de ninguna otra criatura, como si ellos y sus propietarios fueran los únicos transeúntes del lugar. La chicha iba circulando en la totuma y haciendo perder la cordura a los lugareños, y algunos tipleros cantaban sus trovas, en frente de sus rechonchas dulcineas.

En medio del desorden logramos dar con el señor Felipe Cordero, jefe político del cantón, quien nos metió en la primera posada que encontró, quizás para deshacerse de nosotros. ¡Con decir que el suelo era de tierra pisada y que los camastros enclenques amenazaban con desplomarse en cualquier momento!... Por una pura cuestión de supervivencia, no quisimos visitar la cocina, para no perder el poco apetito que nos quedaba y, una vez que salimos del mal trago de la cena, nos hicimos unas camas con nuestro equipo de viajeros en el salón, pues no confiábamos en los camastros del dormitorio.

A la dueña de la posada le pareció una ofensa que nos acomodáramos en el salón, porque vivía con una hija, bastante poco atractiva, valga la verdad, pero que ella cuidaba como si fuera un tesoro. Pensó que queríamos quedarnos ahí para verla pasar a sus habitaciones en ropa de dormir y, por más de que tratamos de explicarle los verdaderos motivos, al fin tuvimos que dejar razones y argumentos y acomodo-

darnos con nuestros aperos en medio del salón, haciéndonos los sordos, los mudos y los tercos. Al otro día, ni bien terminaba de amanecer, pagamos y nos fuimos, pero, con todo y eso, nuestra noche en Ubaté estuvo a punto de volverse un problema nacional...

Unas semanas más tarde, *El Neogranadino* publicó mis impresiones sobre la posada de Ubaté y el señor Felipe Cordero se dio por aludido. ¡Quién dijo furia! Mandó una carta al periódico, acusándome de haber tratado de escaparme sin pagar. La carta la vinimos a conocer semanas después por un ejemplar atrasado que cayó en nuestras manos y que todavía guardo en mi archivo, como recuerdo de esa inolvidable aventura.

El ofendido Cordero decía así: "Señor Alpha: Cuando usted escriba en público, así sea bajo la sombra de un seudónimo, no desfigure los hechos. Usted llegó a Ubaté el viernes 25 de enero y tocó conmigo para que le indicase una posada donde poder alojarse. Yo le manifesté que las posadas que había aquí eran malas y usted me contestó que no le hacía, que en su expedición tendría que dormir en selvas, bajo los árboles, cuando los encontrase o en la pampa; que lo único que necesitaba por aquella noche era un lugar donde arrimarse. Viendo esta disposición en usted le indiqué una posada donde siempre se han quedado los que transitan por aquí y, a fe mía, que bien me pesó haberlo dirigido allí, porque al día siguiente, cuando salí a la calle, la primera queja que tuve fue de la hija de la posadera que me dijo que se había ido usted sin pagar..."

No sigo transcribiendo todo el contenido de la carta por no salir peor librado, pero lo cierto es que *El Neogranadino* aprovechó el pretexto para divulgar más nuestra expedición y para hacer un recuento de las malas condiciones de las posadas en nuestro país, achacando estas condiciones a la forma como viajaba la gente, llevándolo todo consigo en los cojinetes de la silla de montar y acomodando ahí mismo la parca comida que necesitaba. Mucho nos divertimos sabiendo que nuestras crónicas eran tema de discusión pero, ya para entonces, estábamos muy lejos de allí, mirando el gran lago de Fúquene, haciendo observaciones geográficas sobre el aspecto de los lagos vecinos y contemplando el océano de distintos verdes en nuestro camino a



Mapa de la Nueva Granada,  
elaborado por Agustín Codazzi



Mapa corográfico de la  
provincia del Socorro





Chiquinquirá. El mundo de los hombres, de sus chismes y de sus pequeñas disputas nos parecía poco interesante ante la magnitud de los paisajes que estudiábamos y recorríamos por aquellos días.

Cuando cesó mi fascinación por el paisaje y pude bajar los ojos para mirar al suelo, me encontré con una invasión de cruces, en la que las más nuevas trataban de tumbar a las antiguas. Había unas con flores, muy bien arregladas, que me hicieron pensar en las muchachas que las habrían puesto en el camino, tal vez, para pagar sus promesas de amor. Se me vinieron a la memoria las coplas populares y me entraron unas ganas locas de cantar:

*De Chiquinquirá yo vengo  
de pagar una promesa  
y ahora que ya estamos solos  
dame un besito, Teresa.*

Por el camino nos fuimos encontrando a cientos de devotos que se dirigían a pie, a caballo, en mula y, hasta de rodillas, rumbo a la Basílica de Chiquinquirá, para ver la imagen de la Virgen, prenderle una vela y pedirle o agradecerle algo. Era gente de todos los colores, de todas las castas y las regiones, con todos los vestidos posibles: desde finos pañolones hasta toscas ruanas. Había enfermos y alentados, jóvenes y viejos, de tierras calientes o del páramo, mestizos, indios o blancos, todos convencidos de su devoción y dispuestos a hacer hasta lo imposible por arrodillarse frente a ese cuadro restaurado de la Virgen de Chiquinquirá, al que la tradición atribuía poderes sobrenaturales desde aquella vez, en el año de 1586, cuando se cayó y quedó flotando en el aire por unos instantes, ante los ojos atónitos de María de Santana.

Estudiando las cifras, supimos que, sólo por hablar de 1849, habían entrado 30.000 peregrinos a la Basílica de Chiquinquirá y habían dejado 40.000 pesos anuales en ofrendas, velas y misas por encargo, lo que nos indicó que la principal fuente de riqueza y la mayor industria

de esta ciudad era la devoción. Después de pasar algunos días rodeados del bullicio de los peregrinos para hacer averiguaciones sobre los delitos, la educación y otros asuntos importantes de la vida social del cantón, volvimos a quedar solos con la inmensidad del paisaje, y empezamos a desandar los pasos de la civilización rumbo a la aventura mayor: la selva del Carare. Fueron días de intensas emociones, recorriendo el filo de los precipicios y tratando de no mirar hacia abajo para evitar el vértigo.

Uno de esos días, la muerte me rondó tan cerca como nunca y estuve a punto de terminar, sin punto final, mi *Peregrinación de Alpha*. Las mulas iban marchando contra el filo del abismo y nosotros, montados en sus lomos, nos concentrábamos en cada piedra del camino, en un silencio sepulcral. Nada se oía y todos nuestros nervios estaban crispados ante el peligro de cualquier resbalón que podía ser mortal. De repente, Codazzi, que iba adelante, vio unos escalones, se desmontó para ayudar a su mula y gritó "pie a tierra". Mi mula se detuvo a examinar el lugar, como lo acostumbra esos inteligentes animales, y yo, en lugar de bajarme, le confié las riendas y mi suerte... Al fin arrancó pero, en la mitad del escalón, le fallaron ambas patas delanteras y resbaló violentamente. Una exclamación vigorosa, que me arrancó del susto el animal y que no puedo repetir aquí para evitar sonrojos, la hizo recuperar el equilibrio y, después de un salto hacia atrás que me pareció eterno, volvió a agarrarse al camino.

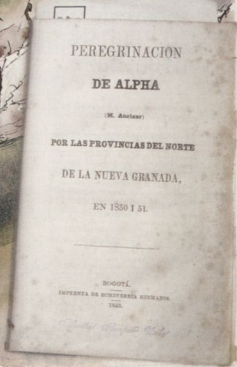
—Virgen de Chiquinquirá, eso es volar —exclamó el peón que nos acompañaba.

—¿Y quién te ha dicho, alcornoque, que este camino se ha hecho para caminar? —le contestó Codazzi, que también había quedado pálido del susto.

Pasé casi una hora sentado en una piedra del camino, lívido y adolorido por el sacudón, sin atreverme a seguir andando y sin atreverme tampoco a regresar. Era como una de esas pesadillas en las que no hay posibilidad de nada, a menos que uno se despierte de golpe. La diferencia era que aquí estaba despierto, así que tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para emprender de nuevo el camino



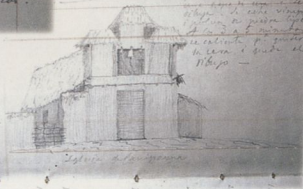
Callejones de Ocaña  
Acuarela sobre papel



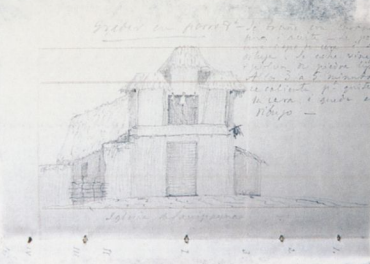
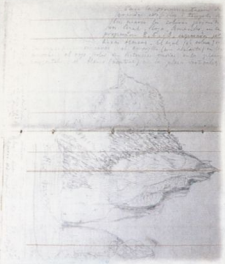


La guerra ya del catolicismo con  
su traza y claridad en 1853  
*Moral de Camericanos*

*Siempre - algunas  
de las cosas en quien pone la mano.  
El uno que se crió en su casa  
ya no es hijo - lo es hijo de padre.  
Aquí por un amante de guerra.  
(Las fechas y nombres propios.)*



Dibujos y apuntes de cuaderno,  
de Manuel Ancizar,  
durante la primera expedición  
de la Comisión Corográfica.



del precipicio. Ayudado por la seguridad de Codazzi y por las brisas que traían olores a vainilla y a cañafistola y que anunciaban la tierra caliente, empecé a recuperarme. Mientras tanto, Codazzi, con su mayor sangre fría, estaba empeñado en sus mediciones atmosféricas y en sus misteriosas anotaciones, lo que me hizo reaccionar para estar a la altura de las circunstancias.

Pronto, la aventura de la mula se volvió un cuento de niños frente a lo que significaba la otra aventura de irse internando por la selva del Carare, entre árboles de caucho, ceibos y almendrones y entre semejante bullicio de tantos animales juntos, imposibles de enumerar. Nunca había imaginado que la selva hiciera tanto ruido, como un coro de voces y de gritos en distintos tonos y alturas. Los animales y los árboles hablaban todos al tiempo y existían todos al tiempo. “El hombre está de más en aquellas selvas y sucumbe sin energía como abrumado por el mundo físico”, alcancé a pensar y me apresuré a escribir la frase en el cuaderno de notas, para no olvidar lo que estaba viviendo. De inmediato, tuve que cerrarlo porque, bajo mis pies y en la hojarasca, sentí deslizarse una culebra. Codazzi, conocedor de otras selvas, tuvo la sangre fría para explicarnos, ahí mismo, que esperaba encontrarse con serpientes de mil matices: desde la tímida cazadora, hasta la fiera lomo de machete, cuyo nombre podía darnos una idea de lo que era capaz...

Curado de espanto con todo lo que vi y sin más remedio que disfrutar al máximo la aventura, me dediqué a acompañar a Codazzi, a apuntar sus observaciones y a aprender de su sabiduría. En ocasiones, llegaron a saltar frente a nosotros unos lagartos enormes; en otras ocasiones, nada veíamos, pero sí oíamos un sordo rozar en la espesura, o el ruido de un andar lento a través de la maleza. Yo siempre le preguntaba a mi compañero de qué animal serían esos pasos y él a veces no contestaba, quizás para no asustarme o quizás porque ni él mismo lo sabía. Según sus palabras, había en esas selvas tantos animales que era difícil clasificarlos. Él sospechaba, incluso, que algunos no debían tener ningún nombre humano, pues en este nuevo mundo casi todo estaba por conocer. “Es una fortuna que así sea”, remataba. “De lo contrario, los hombres como yo no tendríamos mayor cosa que hacer. Y nos aburriríamos, como en Europa”.

Como suele suceder en América y, sobre todo, en selvas como el Carare, nadie se libra de las fiebres tropicales. Por supuesto, nosotros tampoco pudimos librarnos. Alcanzamos a llegar a Vélez con terribles escalofríos y pasamos veinte días, tiritando y sudando a la vez, en un estado de agotamiento lamentable, a causa de ese mal, que no cedía con ningún remedio casero. Por fortuna, allí teníamos un amigo y tanto él como su esposa, se dedicaron a cuidarnos, hasta que pudimos sentirnos fuertes para emprender la marcha hacia Monquirá.

Después hicimos recorridos más tranquilos, en los que pude recoger muchas observaciones para conocer el pensamiento y las costumbres de los habitantes de las comarcas. Mis cuadernos seguían llenándose de notas por lado y lado, aunque cada vez trataba de escribir con letra más pequeña y sin dejar un solo espacio libre. Fue por esa época cuando decidí que iba a publicar un libro completo sobre mi viaje, para no dejar nada entre el tintero, y que su título sería el mismo que había usado en las crónicas de *El Neogranadino*. Se llamaría *La Peregrinación de Alpha*. Pensando en el libro, recogía cada vez más observaciones y conversaciones espontáneas que iba teniendo con la gente o escuchando al azar por ahí.

Recuerdo la que tuve con un campesino en Cite, que me impresionó profundamente por su sabiduría. Viendo mi aire de forastero, el hombre se me acercó para hacerme una pregunta:

—Ya que sumercé mira tanto a Cite, ¿a que no adivina qué tiene de más y qué tiene de menos?

Le contesté que no era bueno para las adivinanzas y que además acababa de llegar. Entonces, me dio la respuesta:

—Pues tiene de más que ya es parroquia y tiene de menos que no tiene alcalde ni juez.

Ante mi sorpresa por semejante respuesta, él me dio la explicación:

—Ya ve sumercé, son cosas de los *dotor es*, que como no viven donde uno vive, también gobiernan a su modo y un buen día decidieron trasladar a las autoridades al pueblo vecino. Como ellos no son los

que tienen que gastarse un día entero de viaje para hacer cualquier diligencia...

Me despedí del campesino, pero la frase no dejaba de dar vueltas entre mi cabeza. "Como no viven donde uno vive", pensé durante varios días, y entendí, de pronto, sin tantas teorías filosóficas, muchas razones de nuestros males del momento. Gobernábamos desde el centro de una ciudad sin saber qué pensaba la gente, qué sabía y qué ignoraba, qué problemas tenía, cuántas leguas caminaba a diario, qué delitos cometía, qué pensaba, qué sentía, cómo se vestía, de qué enfermaba, cómo moría... Todos esos seres anónimos, con sus pequeñas historias, alimentaban mi trabajo en la Comisión Corográfica y quise que mis escritos recogieran sus voces y sus testimonios, para dejar una huella de ese país que, día a día, iba teniendo la fortuna de conocer.

El año seguía andando y, con él, yo transcurría por distintos caminos. Un día me levantaba en Oiba y me acostaba en El Socorro. Otro día miraba el atardecer rojizo desde el portal de una iglesia de piedra en Barichara, mientras oía a las mujeres del taller vecino tejer sus sombreros de jipijapa y anudarlos con sus pequeños chismes de aldea. Al día siguiente estaba a punto de echar a rodar con todo y bestias por el camino del pueblo indio de Guane. Dos días más tarde me veía a mí mismo como invitado de honor en un baile de Zapatoca. De pronto, me pasaban chicha en una totuma y era que estaba en Charalá celebrando la fiesta de San Isidro Labrador.

No había un día igual a otro, no había pueblo en el que no encontrara una historia para contar. Comía cabro a la orilla del río Fonce en San Gil o me sorprendía mirando las huellas que supuestamente había dejado el diablo en la Piedra de la Pezuña. Cruzaba por puentes indígenas de tarabita, temiendo que, de un momento a otro, se rompiera una de esas cuerdas que me ataba al mundo. Y mientras se me acababan los cuadernos llenos de dibujos, de garabatos y de conversaciones, más se me llenaban los ojos de paisajes. Cambiaba del calor al frío, de las montañas verdes a los cañones grises o a los áridos paisajes de tierra anaranjada. Olía el aroma de los trapiches y oía el rugido del río Chicamocha que fluía allá abajo, entre el cañón, como un hilo brillante. Y cada vez tenía más cosas para contar: Que las mujeres de

Piedecuesta eran grandes fumadoras desde niñas y que los hombres de allá eran muy criticones. Que cerca del páramo de Riofrío había una laguna llamada La Encantada y que ahí se aparecía la Mancarita, imitando un llanto para atraer a los hombres y desaparecerlos...

A pesar de que alcancé a hacer dos viajes con el equipo de la Comisión Corográfica, jamás perdí ese asombro del primer día. Cuando creía que ya lo había visto todo y que nada más emocionante o peligroso iba a sucederme, una nueva aventura me sorprendía por los caminos. La excursión a la Sierra Nevada del Cocuy fue uno de esos acontecimientos que cambió mi forma de ver la vida. Escalar las sendas pedregosas y trepar por los paredones filudos para llegar hasta los picos nevados, entre el silbido del viento helado, la espesa niebla y el silencio profundo que transmitía, por primera vez, nuestras voces humanas, es algo que llevaré conmigo hasta el último día de mi vida.

Estuve a 4.676 metros de altura, jugando con copos de nieve, como un niño, y dejé mis huellas sobre la nieve blanca, en un lugar que tal vez no había pisado antes ningún hombre. Pude sentir cada partícula del aire quieto, apenas suficiente para respirar y sufrí ese desfallecimiento de las alturas que los indios llamaban *chacúa*. Lloré con la intensa reverberación de la luz sobre el espejo de cristal, que deja ciega la mirada. Pasé jornadas enteras sin acordarme de nadie, casi sin memoria, y sin pensar en nada diferente de dónde dar el próximo paso para no resbalar; pues ésas son las mayores preocupaciones cuando se está escalando una inmensa montaña. Creo que sólo desperté del letargo cuando escuché la voz más monótona y triste que jamás había oído: era una mujer que, acurrucada junto a las rocas y con el rostro oculto en el sombrero, cantaba para espantar a los buitres y evitar que se devoraran a sus ovejas negras.

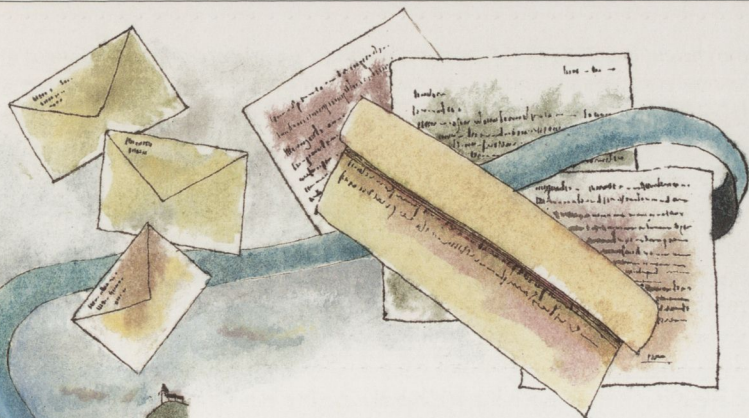
Una vez tuvimos que dormir en la cárcel de un pueblo porque fue el lugar mejor —y el único— que encontró el alcalde para albergarnos. Otras veces dormimos a la intemperie, acostados boca arriba, para no perdernos ninguna de las estrellas. Por supuesto, muchas cosas cambiaron dentro de mí: dejé de añorar mi cama y todas las camas; me empezaron a parecer acogedoras las posadas más pobres y comí cualquier ajiaco servido en totuma, como si fuera el más exquisito de los

manjares. No me hizo falta una sola de mis pertenencias. No tuve sino lo que podía cargar en mi mula. Aprendí que cada día trae su afán y que cada momento es único. Muchas noches pensé que era feliz, que estaba siendo feliz.

Pero, como siempre hay que volver, un buen día también se me acabó esta peregrinación. Fue a finales de junio de 1851, cuando pasamos el hermoso puente que nos trasladaba desde Pamplona hasta el territorio de Tundama, terminando nuestra correría por el norte de la república. Era como cruzar la frontera de un largo sueño para afrontar, de nuevo, la vida real. Algo se acababa también dentro de mí. Después de un año y medio de caminar por el país, llegaba la hora de regresar a Bogotá, con varios kilos de papeles y muchos cuadernos para intentar darle un orden a tantas historias, a tantos países que formaban el país. Había que desandar los pasos y empezar, quizás, una vida más quieta. ¿Tal vez era hora de sentar cabeza?



Campamento de Yarumito  
Acuarela: Carmelo Fernández



## V. Epílogo: el viaje final

an pasado más de treinta años desde aquella peregrinación de Alpha, y ahora soy yo la que tiene que retomar estas memorias de mi padre para ponerles un punto final. Abro el cuaderno donde él escribió su vida y trato de continuar con la tarea que él se había propuesto y que no alcanzó a terminar porque se lo llevó la muerte. Yo le prometí, junto a su lecho de enfermo, que la terminaría por él. Se lo dije, más que todo, para que se pudiera ir tranquilo, pero ahora estoy aquí, rodeada de papeles y de recuerdos, y no sé por dónde empezar ni cómo seguir. Me siento un poco intrusa, debo confesarlo. Escribo con otra letra y cuento con otra voz, para intentar rescatar del olvido la vida intensa de Manuel Ancizar, que es la mejor de mis herencias.

Me llamo Inés Ancizar Samper, hija de Manuel y de Agripina, y estoy sentada frente a mi ventana, en un invierno de París, en 1884. Hace muchos años mi padre se emocionó como un niño jugando

con la nieve en la Sierra del Cocuy. En ese entonces, yo no existía y él no presentía todavía que fuera a nacer. Ni siquiera planeaba tener una familia. Ahora somos nosotros los que existimos y él ya no está, pero yo adivino su presencia en todas las horas. ¡Dios mío, haberlo perdido y no volverlo a ver jamás en este mundo...!

No poderle contar que anoche yo también conocí la nieve... Al principio creí que caían papelitos del piso de arriba, pero pronto noté que era la nieve. Caía despacio, sesgando el aire en silencio, como un montón de plumas blancas, y, al llegar al suelo, se desvanecía en un momento. Fue muy poquita y pasó muy pronto. Según las noticias, este invierno va a ser crudo y helado. Estoy sola en la casa con mamá, pues mis hermanos viven en Inglaterra. Parece que no podrán venir a pasar la navidad, por culpa de los negocios. A veces creo que no trabajan para vivir: ¡viven para trabajar! En fin... El mayor se llama Roberto y le sigue Pablo. Después vengo yo, la única mujer, y luego Jorge y Manuel. Mi familia es parecida a la que tuvo papá: mayoría de hombres... La historia parece repetirse en muchas cosas. ¿Por qué vivimos separados, en distintos países y lejos de la patria? ¿Seremos viajeros permanentes, por herencia de mi padre y de los padres de sus padres? ¿Qué diría papá si supiera que seguimos errantes y que ahora estamos más lejos que nunca?

Tengo trabajo para largo rato. Creo que me tomaría mucho tiempo contar todos esos años de la vida de papá que no alcanzaron a quedar guardados en su cuaderno. Necesitaría muchas más páginas, muchos más cuadernos y quién sabe cuántas plumas. Y, aún así, me faltaría inspiración. Por eso sólo voy a contar lo que llevo más adentro y lo que fue más importante para mí. No voy a detenerme en los trabajos de senador o diplomático que desempeñó mi padre. Tampoco voy a hablar de sus tiempos de profesor ni de las épocas en que fundó la Universidad Nacional o de cuando fue rector de la Universidad del Rosario. Ese trabajo será para los historiadores, si algún día se interesan por él. A mí me interesa el hombre que fue Manuel Ancizar. El padre que tuve la fortuna de tener, el esposo que mamá amó por encima de todo, el ser humano sencillo que paseaba conmigo por las calles y que me enseñó todas las cosas importantes que hacen parte de mi vida.



Además de los recuerdos, tengo su archivo para llenar los vacíos de la memoria. Mi padre lo llevó siempre consigo, se preocupó por alimentarlo en todas las etapas de su vida y trató de tenerlo organizado para que nos resultara fácil encontrar cualquier papel, desde el certificado más práctico, hasta el más profundo y revelador de los misterios... Pero era tanto lo que guardaba y fue tan intensa y ocupada su vida hasta sus últimos días, que el archivo se le desordenaba solo. "Es como si los papeles tuvieran pies", decía. Y yo creo que sí, que era eso: que tenían pies y también corazón, porque el archivo estaba siempre vivo y en movimiento, exactamente como su dueño.

Ahora me lo trajeron desde Colombia en un barco de carga. Pesó veinte kilos, ¡veinte kilos de papeles y de historias! y por eso no lo pude echar con mi equipaje personal. Después de que lo recogimos en la oficina de correos y lo pusimos en el cuarto de costura, me volvió el alma al cuerpo. Fue como recuperar esa historia que llevo conmigo y que está ahí guardada en la memoria del papel. He tenido unas sensaciones encontradas en estos días, mientras revuelvo desordenadamente y al azar tantos documentos. He estornudado con el polvo y el olor a guardado, he llorado y me he reído y me he devuelto en el tiempo. Voy desenrollando papeles amarillentos y secretos, esperando a que aparezca yo, y sabiendo que estaba desde antes, desde que papá y mamá se conocieron, o, tal vez, desde un tiempo más atrás, cuando papá y mi tío José María Samper se hicieron amigos. ¿Habría sido mi tío el que organizó el encuentro entre su mejor amigo y la más consentida de sus hermanas? Tengo que preguntárselo a mamá, cuando se presente la ocasión.

Papá vuelve a estar vivo y me acompaña durante estos días en los que trato de buscar sus huellas entre las pastas de cartón del archivo. Encuentro una pasta rotulada con su letra que dice "Ancizar. Vida diplomática" y empiezo a revisar papeles, cartas y noticias del periódico escritas en distintas ciudades: Quito, Lima, Santiago... Bitácoras de viaje, planes de jornadas en barco y a caballo, correspondencia con presidentes y ministros y con amigos queridos como Andrés Bello.

Su vida diplomática fue una nueva etapa, después de su trabajo en la Comisión Corográfica. Cuando estaba más feliz y más apasionado,



Óleo: Quinta de Bolívar  
Gonzalo Ariza  
Retrato de Agripina Samper,  
esposa de Manuel Ancizar

recorriendo el país con Agustín Codazzi, lo sacó el presidente Mosquera para que se encargara de resolver los problemas de límites con los vecinos que, según él, siempre habían sido “el quebradero de cabeza”. Papá nunca estuvo convencido de que valiera la pena dejar la Comisión por un trabajo diplomático. Pero el presidente Mosquera le dijo que él era uno de sus mejores hombres y que lo necesitaba en otros frentes. Lo mandó para el Ecuador, supuestamente por un breve tiempo. Le prometió que, cuando se solucionaran algunos asuntos, lo volvería a traer para que siguiera en sus peregrinaciones, pero el tiempo se fue alargando y los asuntos se fueron complicando, en vez de arreglarse. Así, papá se fue alejando cada vez más de Colombia y de la Comisión. De Ecuador pasó a Perú y luego a Chile y, aunque siguió de viajero, siempre nos dijo que no eran iguales esos viajes diplomáticos a las locas aventuras que había vivido con el equipo de Codazzi.

Entonces nosotros no estábamos ni remotamente por este mundo. O, bueno, de pronto sí. Lo descubro porque encuentro una pista valiosa: Papá se llevó entre sus papeles al Ecuador un poema de Pía Rigan. Y ése es el seudónimo que usaba mamá como escritora. Lo inventó porque no era bien visto que una mujer expresara públicamente sus sentimientos en poemas, sobre todo si iban a publicarse en un periódico como *El Neogranadino*. Es un extraño sobrenombre ése, hasta que uno entiende de dónde salió: viene del juego de desordenar las letras de Agripina. Pobre mamá: nunca le gustó su nombre. Y eso que, completo, es todavía peor: Agripina Tomasa de los Dolores Samper Agudelo. Dice que por eso a mí me llamó Inés: breve, conciso y sonoro.

A veces, interrumpo la escritura, en busca de papeles del archivo que me den nuevas pistas para seguir sus recorridos. Paso al azar por su carpeta de la Universidad Nacional y me llama la atención su carta de renuncia a la rectoría, porque es fuerte y valerosa como era él, que no hacía nada en lo que no creyera profundamente. Prefirió renunciar a sus cátedras y al trabajo de maestro que tanto amaba, antes que dejarse imponer unos textos obligatorios para dictar sus clases. Mi pensamiento se aleja de esos papeles y me devuelve a mis diecisiete años... Esos años tan tranquilos y felices, cuando mi papá tenía toda su fuerza y su salud, y era una dicha para mí salir con él a pasear...

Ver, en las caras conocidas, el profundo respeto y el cariño que tenían por él y, en las desconocidas, la impresión de simpatía y casi veneración que les producía encontrárselo. Con qué entusiasmo lo saludaban sus alumnos y le abrían paso. Muchas veces se acercaban jóvenes a saludarlo:

—Doctor, ya usted no me recordará. Soy fulano, usted fue mi maestro en la universidad.

—¡Ah! cómo no... Sí lo recuerdo, pero usted no tenía entonces esa barba tan respetable.

Jamás dejó de contestar un saludo, ni el más humilde o, si alguna vez le sucedió, fue porque era miope. Casi todas las mañanas salíamos a caminar él y yo y llevábamos los bolsillos llenos de bizcochos para ir dándoles a los pobres muchachitos que encontrábamos. Ya nos conocían muchos niños de Agua Nueva y salían por todos lados del camino a recibir su parte. Cuántas de esas escenas son ignoradas, hasta en la misma familia. ¡Quién pudiera hacerlo conocer en toda la extensión de su bondad!... Quién, al verlo sentado en su silla del Consejo Académico o en compañía del Presidente, se podría imaginar que esa mañana había estado en la puerta de los ranchitos, acariciando a un niño, dándole pan a otro y preguntándoles a los más grandecitos si iban a la escuela o si trabajaban ya.

Sé que estoy contándolo todo en desorden pero es que los recuerdos no son tan ordenados como se ven después en las biografías de un libro de historia. Y además, éste no es un libro de historia, sino de una vida. Encuentro una nota, en un papel suelto, que debió escribir papá cuando regresó a Bogotá, después de su trabajo diplomático. Me parece que estaba cansado, por lo que dice: “Porvenir: Una casita en Fontibón, un caballo, libros”.

Ese sueño de un porvenir tan aislado y solitario debió durarle poco tiempo porque me tropiezo con una esquelita que mandó a mamá algunos meses después: “Cómo no ir, amadísima mía, si me dijiste que tú ibas. A las siete y media estaré en casa de M... y procuraré no ver a nadie más que a ti, para salvarme de malos encuentros. Tuyo con toda el alma, Manuel”.

Mamá y papá se casaron en la Iglesia de San Francisco, el sábado 4 de julio de 1857, a las cinco en punto. Ella tenía veintisiete años y él, cuarenta y cinco. Pasaron la luna de miel en la Casa de Bolívar. Pienso en el hogar donde crecí y puedo decir que fue perfecto, pues ellos dos se adoraban. Papá la trataba como a una reina y mamá lo quiso y lo admiró siempre como el primer día. Es tan alta la idea que tengo yo de su matrimonio que creo que nunca me casaría. No creo que pueda encontrar un hombre como mi padre.

Mamá tuvo mucha suerte de encontrárselo en la vida. La única queja que le llegó a oír fue la del trabajo. Muchas veces tenía que llegar tardísimo a casa o ausentarse largas épocas de Bogotá. Las cartas de mamá siempre le reclamaban, con cariño, sus ausencias y le contaban los pormenores diarios de cada uno de nosotros: si estábamos enfermos, si aprendíamos a decir una nueva palabra, si nos caíamos o si preguntábamos por él. Además de su amor, mamá era muy buena para volcar en esas cartas todos los sentimientos. Se nota que es poetisa. Me siento un poco entrometida leyendo su correspondencia íntima, pero fue ella la que me entregó todos estos papeles atados con cintas azules. Así que sigo en la tarea:

Mi buen Alpha: ¿Cómo te habrá ido en el camino? Mucho te he pensado. Tenías la cara tan triste cuando te subiste en el ómnibus... Anoche te estuve pensando mucho porque, mientras yo estaba con frío, te consideraba a ti anonadado por el calor y tirado por ahí a orillas de algún rancho del Magdalena. Quiera Dios que las fiebres no se acuerden de ti esta vez. Cuánto deseo que regreses bueno y que no tengas que volver a salir de aquí, porque la casa se pone tristísima y se enfría mucho. Ancizar, ¿qué podré decirte sino que te espero con el alma, que cuento no sólo los días, sino las horas que tardas? Adiós, adiós, hasta que te vea. Tu afectísima Agripina.

Las cartas que le contesta papá son hermosas y llenas de amor. Me siento feliz por ellos dos y por nosotros, pero sobre todo, por papá, que tantas veces pensó que no iba a tener la suerte de encontrar una mujer y de formar su propia familia. En realidad, la vida se le transformó desde que encontró a su Pía. Nada le interesaba más que nuestro hogar. Papá estaba convencido de que nuestra herencia



Óleo: *Jirones de nubes en Albán*  
Gonzalo Ariza  
Roberto, Pablo, Inés  
y Jorge Ancizar Samper,  
hijos de Manuel y Agripina  
Foto: Paredes y Cia.

no era, ni mucho menos, dinero. De hecho, se preocupó más por dejarnos una buena educación, que por darnos cosas materiales. Él tuvo apenas lo necesario, hasta tal punto que mamá a veces le insistía para que se mandara cortar un traje nuevo, pues sólo tenía dos vestidos negros. En eso, papá nunca le hizo caso. Le decía bromeando que él no necesitaba joyas ni lujos porque nos tenía a nosotros y a sus libros como el mejor de los lujos y la mejor de sus compañías.

Hasta el último de sus días, nos recordó que llevábamos un apellido sin mancha, transmitido puro y lleno de honor desde muchas generaciones y que ése sí era un tesoro que debíamos transmitir intacto a nuestros hijos. Quiero copiar en este cuaderno algunas de las palabras que le escribió a mi hermano Roberto, cuando se fue a estudiar a Alemania. Papá logra decir con ellas mucho más que lo que yo diría con mis palabras, tan torpes y tan poquitas:

“En la sociedad en que vas a vivir se tiene como mayor de las vilezas el mentir: procura, pues, habituarte a decir siempre la verdad, aunque sea en contra de ti mismo, seguro de que así te granjearás la estimación de todos y darás prueba de un carácter noble. ¡Qué satisfacción para ti el poder decir «Soy ciudadano de Colombia y en mi patria todos son hombres de honor!»”.

Esa carta para Roberto es de 1872. Diez años después, el 21 de mayo de 1882, papá murió en su casa, rodeado de toda su familia. Hasta en sus últimos momentos tuvo la lucidez para dejar todos sus papeles organizados, con instrucciones claras de lo que nos dejaba, en lo material y en lo espiritual. El tiempo le alcanzó para dejarnos una esquila prohibiéndonos que le hiciéramos un entierro solemne, con plañideras y ceremonias que él nunca quiso. Se puso en la tarea de calcular que los entierros elegantes podían costar unos 30.000 pesos y nos ordenó donar ese dinero a las escuelas y a las instituciones de caridad, siguiendo una lista que él mismo se tomó el trabajo de hacer. Mientras leo esa esquila fúnebre que él logró escribir, con una letra temblorosa pero impecable, el último de sus días, lo admiro y lo extraño más que nunca.

Ya la nieve ha dejado de caer y empiezo a adivinar algunos brotes de primavera entre los chamizos que se ven desde mi ventana. ¡Cómo ha pasado de rápido el invierno mientras yo sigo aquí, enfrascada en las memorias de Manuel Ancizar! A veces caigo súbitamente en el presente, con las cartas de la familia que llegan desde Bogotá. No se habla sino de guerra en Colombia. ¡Dios mío, cuántos sufrimientos estarán pasando en mi país personas queridas!...

Siento que estoy llegando al final de mi tarea y que no es mucho más lo que puedo hacer, por el momento. Pero algo me dice que este paciente ejercicio de guardar la memoria del hombre íntegro que fue mi padre podrá servirle a otras personas, quizás en otros tiempos. ¿Quién leerá después estos papeles? ¿Quién se interesará por conservarlos después, cuando yo ya esté vieja o cuando desaparezca de este mundo? ¿Podrán decir algo a mis hijos o a los hijos de mis hijos, si es que algún día los tengo?

Se me ocurren muchas preguntas, pero todavía no tengo las respuestas. La primavera está empezando y, desde mi ventana, la veo brotar con toda su fuerza. La vida parece larga mientras se está viviendo pero, de pronto, al repasarla, uno se da cuenta de que puede comprimirse toda en la memoria, como si fuera el resumen de un libro. Las fechas importantes van pasando, como las páginas de este cuaderno, y así sucede que un buen día miramos para atrás y nos damos cuenta de que el tiempo no es eterno y que la vida, por larga que pueda parecernos, es, simplemente, otro de tantos viajes. Un poco más largo, es cierto, pero un viaje, al fin y al cabo: con un día de salir y otro de llegar, separados por un camino.



Al final de la jornada,  
hay que despedirse y dar las gracias...

A Aída Martínez por poner a Manuel Ancízar en mi camino.

A Catalina Ancízar por llevarme hasta su abuelo, Jorge Ancízar Sordo.

A Jorge Ancízar Sordo y a Lucía Duque de Ancízar por mostrarme la ruta hacia la casa de Isabel y Alberto Ancízar, donde está el archivo Ancízar.

A Isabel y Alberto Ancízar, por el archivo, por la hospitalidad, por el afecto y ¡POR TODO!

A Gilberto Loaiza, el profesor de historia, por servir de brújula.

A María Isabel Alarcón, a Carmenza Botero y a Patricia Reyes, por acompañarme tras las huellas.

A Hernando Reyes, por ayudarme a tejer los hilos de la historia.

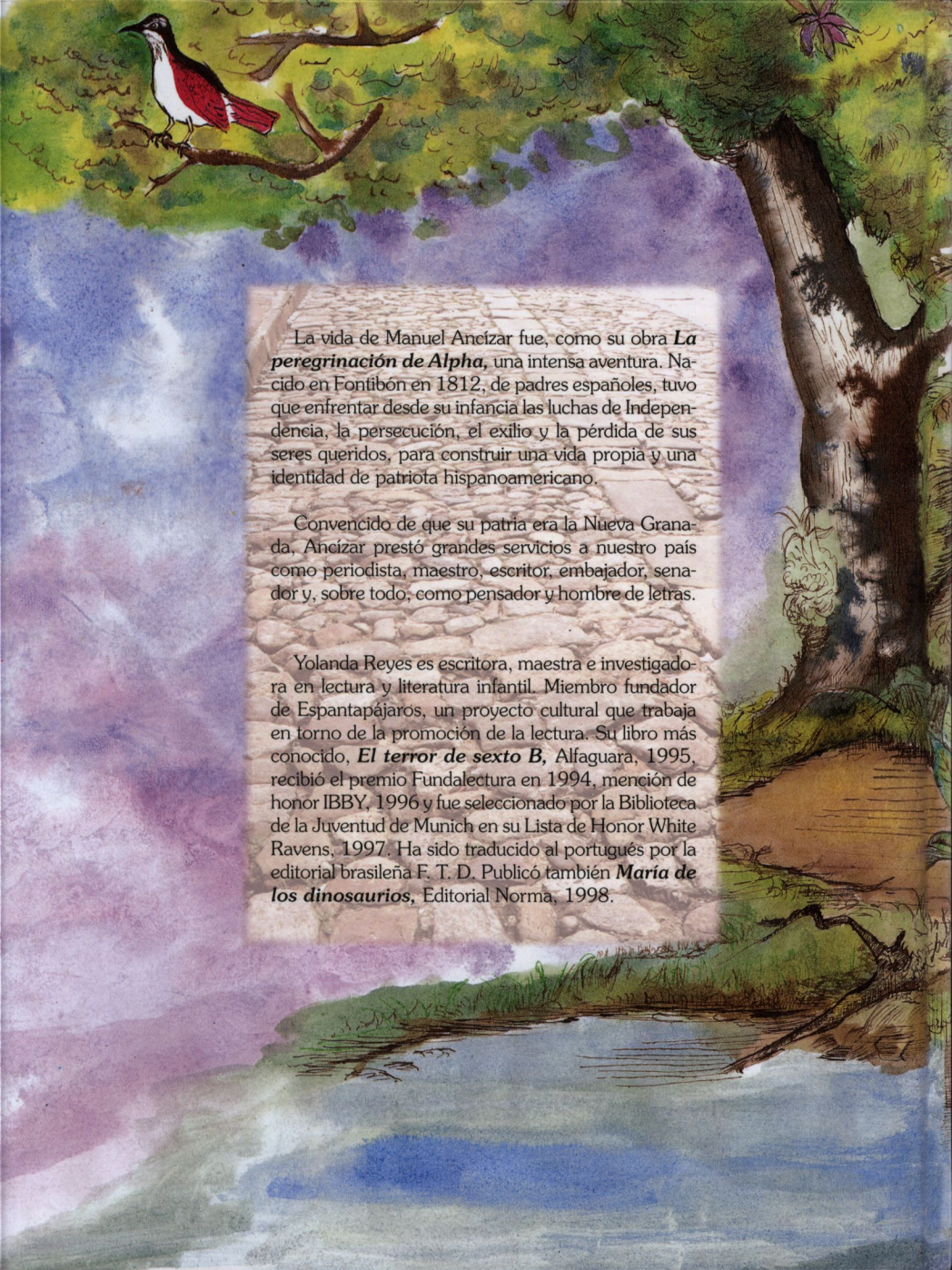
A Ángela Jiménez y a José Alejandro Bermúdez, por dar posada al peregrino.

Y a todos los libros que fueron mi equipaje y mi compañía durante este viaje por los caminos de Manuel Ancízar,  
GRACIAS.



*Este libro ha tenido la suerte de encontrarse con buenos amigos en la marcha: Isabel y Alberto Ancízar, ciudadanos depositarios del archivo de Manuel Ancízar, Carlos Bernardo González, quien hizo la reproducción de las copias fotográficas, y todo el equipo de Tres Culturas Editores. Este libro fue hecho en papel Galery finlandés de 115 gramos e impreso en los talleres de Panamericana Formas e Impresos, en el mes de julio de 1998.*



A colorful illustration featuring a bird with a white breast and red wings perched on a branch in the upper left. A large tree trunk with a hollowed-out section is on the right. The background is a soft, painterly landscape with purple and blue hues. A stone path leads from the bottom towards the center, framing the text.

La vida de Manuel Ancízar fue, como su obra ***La peregrinación de Alpha***, una intensa aventura. Nacido en Fontibón en 1812, de padres españoles, tuvo que enfrentar desde su infancia las luchas de Independencia, la persecución, el exilio y la pérdida de sus seres queridos, para construir una vida propia y una identidad de patriota hispanoamericano.

Convencido de que su patria era la Nueva Granada, Ancízar prestó grandes servicios a nuestro país como periodista, maestro, escritor, embajador, senador y, sobre todo, como pensador y hombre de letras.

Yolanda Reyes es escritora, maestra e investigadora en lectura y literatura infantil. Miembro fundador de Espantapájaros, un proyecto cultural que trabaja en torno de la promoción de la lectura. Su libro más conocido, ***El terror de sexto B***, Alfaguara, 1995, recibió el premio Fundalectura en 1994, mención de honor IBBY, 1996 y fue seleccionado por la Biblioteca de la Juventud de Munich en su Lista de Honor White Ravens, 1997. Ha sido traducido al portugués por la editorial brasileña F. T. D. Publicó también ***Maria de los dinosaurios***, Editorial Norma, 1998.